

LA MONTAÑA



ALDEANA MONTAÑESA

DICIEMBRE 30 DE 1916

LINEA

DE

WARD

PUEDEN OBTENERSE BOLETOS A DISTINTAS CIUDADES DE LOS ESTADOS UNIDOS Y EL CANADA A PRECIOS VENTAJOSOS CON DERECHO A PERMANECER EN LA GRAN METROPOLI DE

NUEVA YORK

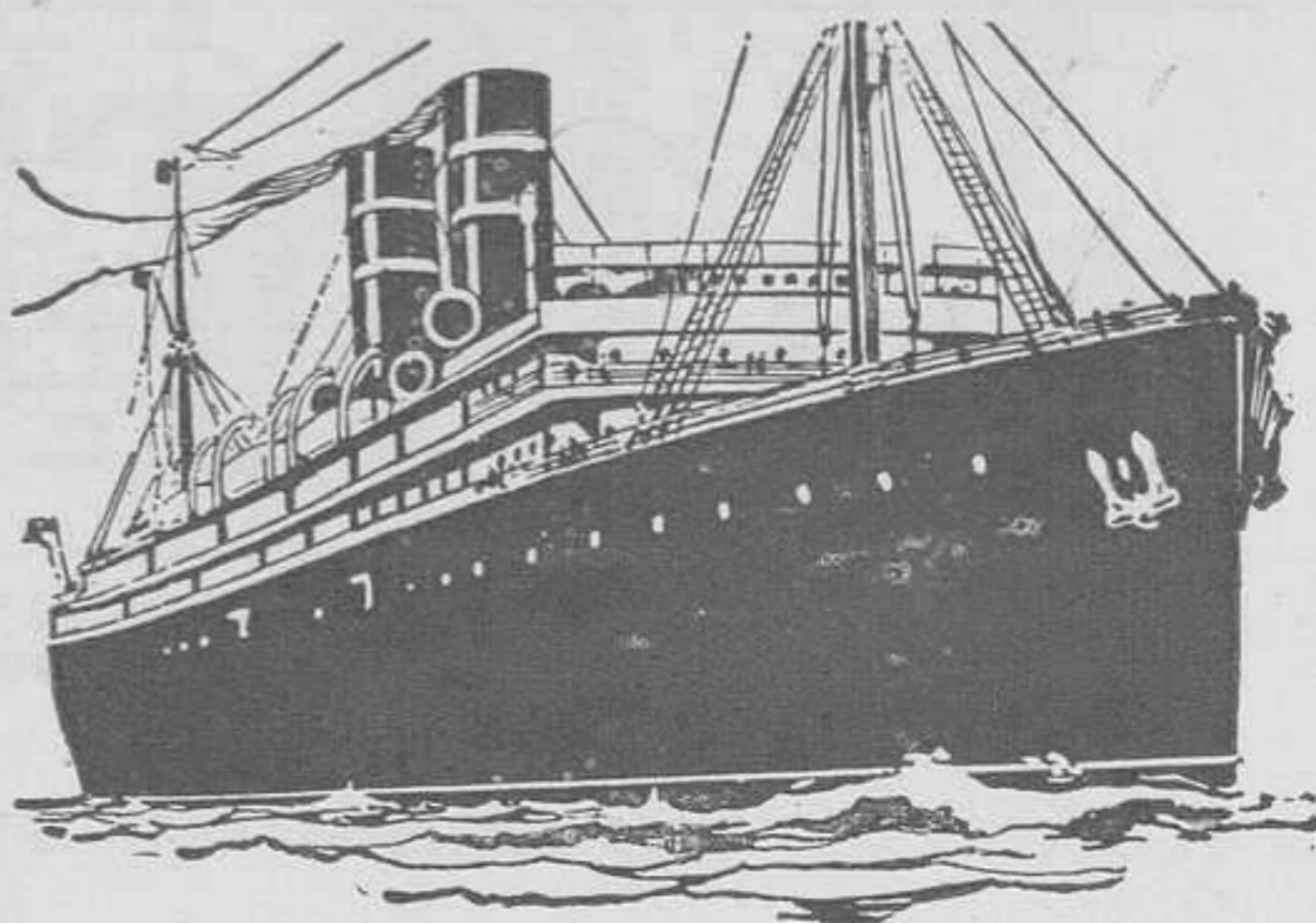
CUALQUIER DE LOS TRENES MAS RAPIDOS Y SUNTUOSOS DE NUEVA YORK.



DIRIGIRSE A LA OFICINA DE PASAJES

LINEA DE WARD

SE DESPACHAN BOLETOS A TODAS PARTES DE EUROPA Y AMERICA DEL SUR.



LINEA de WARD

La Ruta Preferida

TODOS LOS PRECIOS INCLUYEN COMIDA Y CAMAROTE EN LOS VAPORES

SALIDAS PARA NUEVA YORK
DOS VECES POR SEMANA

SALIDAS PARA PUERTOS MEJICANOS
CADA QUINCE DIAS

PRECIOS DE LOS PASAJES

INCLUYENDO COMIDA Y CAMAROTE

Habana a Nueva York, Primera clase, desde. . \$ 40.00 hasta \$ 50.00
Habana a Nueva York, Intermedia 30.00
Habana a Nueva York, Segunda 20.00

Habana a Nassau Primera clase \$ 25.00

Habana a Nueva York, incluyendo pasaje por Ferrocarril directo, o pasando por Cincinnati, Chicago o St. Louis a Nueva Orleans regresando a La Habana por vapores de la Compañía Sud Pacífico, o vice versa (Circle Tour) \$ 94.15.

Tarifa de Pasajes Directos vía New York

PRIMERA CLASE EN VAPOR Y POR FERROCARRIL

HABANA A

Boston, Mass.....	\$ 45.25	Indianapolis, Ind.....	\$ 51.00
Buffalo, N. Y.....	48.00	Milwaukee, Wis.....	53.70
Chicago, Ill.....	52.00	Minneapolis, Minn.....	59.15
Cincinnati, Ohio.....	50.00	Montreal, Que.....	50.88
Columbus, Ohio.....	49.10	Ottawa, Ont.....	51.40
Dayton, Ohio.....	50.00	Pittsburgh, Pa.....	49.10
Des Moines, Iowa.....	57.81	St. Louis, Mo.....	54.00
Detroit, Mich.....	49.10	St. Paul, Minn.....	59.15
Duluth, Minn.....	61.29	Toledo, Ohio.....	49.10
Fort Wayne, Ind.....	49.75	Toronto, Ont.....	49.90
Grand Rapids, Mich.....	51.28	Winnipeg, Man.....	69.15

Así como también pasajes a otros puntos de los Estados Unidos y el Canadá. Boletos directos con opción a permanecer en Nueva York durante 10 días y en puntos entre Nueva York y destino según reglamento de los Ferrocarriles.

W. H. SMITH, AGENTE GENERAL

OFICINA CENTRAL:

OFICIOS No. 24

OFICINA DE PASAJES:

PRADO No. 118

TEL. A-6154



LA MONTAÑA



REVISTA SEMANAL DE LA COLONIA MONTANESA.

Acogido á la franquicia postal é inscripto como correspondencia de 2ª clase en la Oficina de Correos de la Habana

DIRECTOR: J. M. FUENTEVILLA	PRECIOS DE SUSCRIPCION: EN LA HABANA, UN MES 50 Cts. INTERIOR, UN MES 60 Cts.	OFICINAS Y ADMINISTRACION: AMARGURA 44 TELEFONO A-8720
---------------------------------------	---	---

AÑO I

HABANA 30 DE DICIEMBRE DE 1916

NUM. 53

IMPRESIONES. -- CAMPOÓ

MOTIVO DE ESTAS LINEAS

PRIMAVERA

EL corresponsal de LA MONTAÑA en Santander, Ramón Martínez Pérez, me pide unas cuartillas que hablen de Campóo y yo no puedo negarme a complacer al amigo, a pesar que ha tiempo descansa mi pluma de quehaceres literarios.

Es tardía la primavera en estas tierras del poético Campóo. Los más de los años los campos están aún cubiertos de nieve y el viento trágico y horrísono silba grave y quejumbroso por las cañadas de los montes y las callejuelas tristes de las aldeas. Los

Existe además una razón o mejor un motivo sentimental que me impulsa a escribir estas líneas. Ellas han de ir a tierras cubanas y en ellas han de posarse las miradas de montañeses expatriados, de emigrados campurrianos y tras su lectura sentirán la tierna evocación del solar querido de cielo gris, de paisaje jugoso con robledales oscuros y montañas gigantescas... Y si la dulce nostalgia de la tierra les lleva algunas lágrimas a los ojos, en cambio en su corazón sentirán la amable emoción de un recuerdo de sus travesuras de infantes y de sus amores de mozos... Evocarán la figura de la madre grave y reposada o la gentil silueta de la novia que lloró en la despedida y después casóse con otro; que entre las mujeres solo espera con amor y paciencia resignada la vieja dolorida por la vida y el trabajo, que en la hora vespéral, la hora de las sombras y los espectros, entúrbiansela de tristeza los ojos y murmura serena y quedamente: para que vuelva con salud el hijo de América, "Padre Nuestro que estás en los cielos..."



Reinosa.—Capital de Campóo.—El Ebro por las Arrieras.

(Fot. de Mercedes y María Sol Hoyos).

lobos hambrientos llegan hasta los poblados y ululan lastimeros en torno de las casas, rondando los apriscos de los ganados...

Bajo la capa de nieve germinan los campos. Y

en el corazón del mocerío cosquillea más fuerte el amor alrededor de marzo. La fiesta de las marzas es una fiesta de prelude de la primavera, es una graciosa fiesta de amor. Un gentil jolgorio lleno de ternura. Un espiritual saludo de las almas amorosas de los jóvenes—en los que florecen flores de amor—a las flores de los campos. Es una reminiscencia pagana en la que los amores humanos cantan a Flora y a Ceres.

Y se escucha por las callejas de los pueblos el re-

En este tiempo se celebran las más clásicas romerías de la tierra.

¡Oh, las romerías de Campóo, con su ambiente campesino, qué de bellezas encierran!

En medio de un paisaje agreste, rodeado de montañas y arboledas, en una pradera verde enmarcada por espinos y cambroneras se levanta la ermita sencilla y humilde que en la mañana romera ha sido lugar de ofrendas de las simples almas campesinas que han

elevado sus preces al cielo... Después en la tarde tras los opíparos yantares y las rociadas de los ágapes con vino, suena la pandereta y se escucha el melancólico cantar montañés y comienza la danza típica del país, que si es pobre en ritmos y poco elegante y graciosa de línea, en cambio en un símbolo de la fuerza y ágil destreza de la raza montañesa, que vive entre riscos y profundos valles de grandes cordilleras. Pero lo más poético de estas algazaras campesinas es el desfile. A la caída de la tarde, en esos crepúsculos largos del estío, cuando el sol ha traspuesto un alto picacho, empieza el desfile aldeano. Es la hora romántica de las grandes confidencias amorosas.

Por los senderos empinados suben los ancianos lentamente evocando sus tiempos de mozos. Van deprisa los chiquillos chupando los restos del puro de chocolate que compraron en la fiesta. Marchan lentos los mozos mirando codiciosos la gallardía sana de las muchachas vigorosas y bellas. Los novios hablan quedo. Los otros

cantan recio. Alguna voz femenina dice altiva,

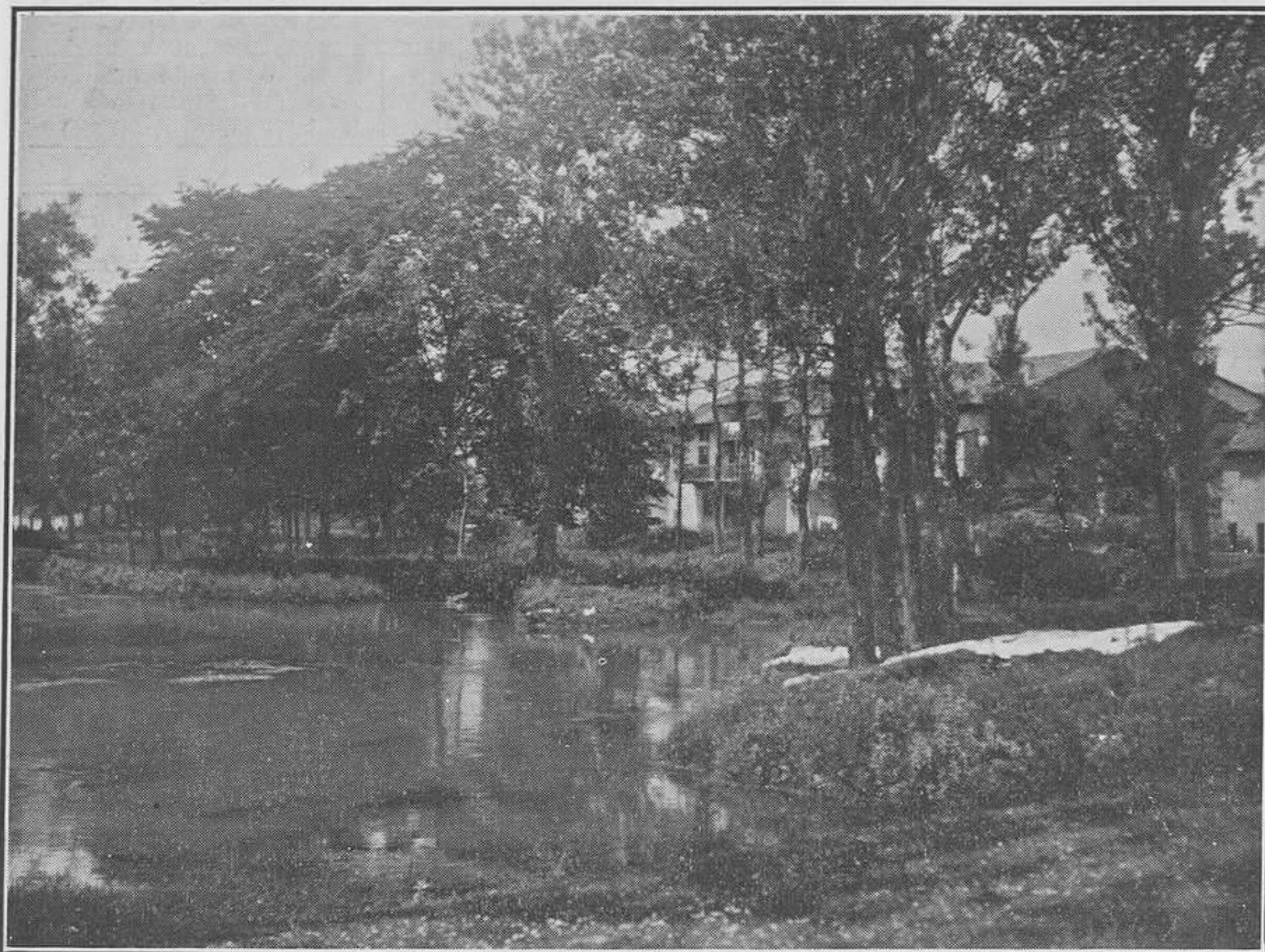
En la Montaña he nacido;
solo a la Montaña quiero;
porque solo en la Montaña
puso Dios todo lo bueno.

.....
Con el aire que lleva la montaña
las morenas se crían muy saladas

Acaso tras la mirada insistente de un mozo o una joven ésta canta poniendo picardía en la canción y brillo en los ojos que acarician al amado:

No le quiero, madre, molinero
que le llaman el maquilandero;
que le quiero, madre, labrador,
que se coja el arado y se vaya a arar
y a la media noche me venga a rondar.

En casi todas las tardes de estío suele haber nieblas; mantos grises que flamean primero en los ápices de los montes y luego descienden a los valles lentamente, envolviendo en húmeda caricia el paisaje, besándole amorosamente, como si temieran que fuera a perderse el verdor encendido de estos campos tan bellos...



Reinosa.—Capital de Campóo.—Las Arrieras.

(Fot. de Mercedes y María Sol Hoyos).

cio cantar de los mozos que van de casa en casa pidiendo marzas, tras el saludo a la primavera bella:

Marzo florido
seas bien venido
con el mucho pan
con el mucho vino.

Se derrite la nieve en el llano y aparecen los prados jugosos y verdes y se esmaltan los trigales de amapolas y el sol brilla fuerte sobre las cumbres de las montañas que fulgen blancas como el armiño.

ESTÍO

Empiezan las romerías y las tareas de recolección en el campo. Se oye en las praderas la canción varonil del segador; y los carros campurrianos, las típicas carretas de nuestra tierra, van camino del pajar chirriando con estridencia abrumadora camberas adelante. En lo alto del carro va alguna moza fuerte, bien hecha, encendido en grana su rostro y arrojando lumbres por sus ojos brillantes. Y ya en el pajar salta el picaresco juego de prensar la hierba entre risas llenas de alegría y vida, algún que otro pellizco en las posaderas y los comentarios socarrones de los aldeanos avisados e inocentemente maliciosos.

OTOÑO

En la melancolía de los bosques con hojas doradas que caen lentas suena recio y seco el golpe del hacha... Y en el misterio de la arboleda, se escucha vibrante la canción del leñador, que en las misteriosas soledades de la selva de cagigos corta leña y hace carbón para las gentes de la villa...

Trae a casa el labrador desde la tierra sus patatas y comienza de nuevo a preparar el suelo... Otra vez a arar, otra vez al campo en las frías mañanas otoñales; a esperar que pronto venga la nieve que ya corona las cumbres de las montañas...

En las noches aldeanas cantan las rondas de mozos a las puertas de las amadas... Y antes en el atardecer la campana de la iglesia ha tocado humilde y cristiana al rezo del Santo Rosario...



Campoo de Suso.—El molino de Mazandrero sobre el Híjar, el río torrencial de trágicas inundaciones.

(Fot. de María Sol Hoyos).

INVIERNO

La tragedia del invierno llena de tristeza a Campoo. Ante el invierno de grandes nieves la miseria acecha al campesino y el

hambre sombría e implacable asedia a ganados y personas. La belleza riente del estío se trueca en belleza trágica. Los campos vestidos de blanco y las ingentes y soberbias montañas están magníficos. Pero en el alma rústica asustada una sombra entenebrece la vida campesina. El espectro de la ruina se pasea como un gran señor todos los años por los albos campos de esta tierra, rodeado de manadas de lobos hambrientos que aullan tristes...

Pero si nieva poco, la vida campesina se muestra alegre y confiada. Hacen los mozos sus **roldas**, y mientras los jóvenes se aman cuentan los viejos entretenidos consejas al amor de la lumbre de las negras cocinas de aldea; y en la Navidad, cristiana y gloriosa, se regalan el cuerpo, contentos, con magníficas castañas asadas y excelentes torrijas de miel y manteca...

Pero el invierno de Campoo siempre tiene un decorado bello y teatral en el paisaje y un fondo trágico en la vida.



Nestares.—(Campoo de Enmedio).

(Fot. de Mercedes y María Sol Hoyos).

En él, domina y triunfa ese dolor que produce la inquietud de los espíritus ante el espectro del hambre. Las almas campesinas están atormentadas por ese drama íntimo e espiritual de la lucha impotente contra el medio. Por las míseras cabañas y humildes poblados vuela invisible y misterioso el pájaro del destino.. Y esta visión acongoja a los espíritus cuando caen los copos de nieve, de manera plácida y lenta... Las gentes de la villa y la ciudad, que visitan por deporte con **skis** y barajones las aldeas, suelen exclamar cuando hacen alto de su excursión en una casita lugareña: —¡Qué bonito, qué fantástico está el campo!—Yo he visto en estos momentos menear la cabeza angustiados a los labriegos; les he oído relatar episodios lúgubres de la nieve que entierra en las montañas a los pastores; he contemplado como a los labrantines se les empañan de lágrimas y tristeza los ojos a los que se asomaba el alma llena de amargura. Y he maldecido de la belleza de la nieve que mientras regocija y entusiasmo a los inconscientes y egoístas deportistas burgueses que exclaman llenos de alegría:

¡qué bonito! ¡qué encanto de paisaje!, conturba de dolor el alma campesina y hace llorar a los pobres...

Santiago Arenal.

Campóo, Otoño de 1916.

Santiago Arenal es uno de los jóvenes literatos de la nueva generación montañesa que tiene más renombre por su cultura, por su estilo suelto y elegante y por su devoción al sano regionalismo. Pertenece a esa pléyade de jóvenes entusiastas que cultivan con ardor y éxito las letras en nuestra provincia y son ya orgullo de la misma.

Cronista ilustre, en LA MONTAÑA tiene sinceros admiradores, y he ahí el por qué de nuestro júbilo al publicar estas bellísimas "Impresiones" que para LA MONTAÑA ha escrito Santiago Arenal, y que revelan cuánto vale su pluma-pincel.

Vaya nuestro saludo para Arenal con todo el afecto que él ha sabido inspirarnos por su independencia de carácter, el brío de su pluma y su montañesismo.

EL HOTEL REAL

FUÉ la sorpresa de este año el Casino, esfuerzo generoso con que la Sociedad el "Sardinero", de que son alma los Pombo, aristocratizó la playa. El próximo lo será el "Hotel Real", ensueño de un poeta realizado vertiginosamente por titanes y magos: constructores y artistas, los titanes y magos modernos.

¿Conocéis su emplazamiento? Imaginad el más bello paraje que podáis; un lugar donde la Naturaleza haya prodigado todos sus encantos, sus atractivos más preciosos, donde en feliz concurso, se unen la variedad de las montañas, la grandeza del mar, la apacibilidad de la campiña. Aún así no os aproximaréis a la realidad.

Una suave colina que se eleva entre jardines, bosques, prados, alegres quintas, villas aristocráticas, que sobre el fondo siempre esmeralda del paisaje, destacan sus infinitos matices como flores gigantes. Desde la cumbre, el mar. El mar inmenso, libre, eterno, que fenece en la playa; a trechos con languideces de amante; en ocasiones con ímpetus de loco, salpicando de hirviente espuma las rocas salvajes de Piquío y la Magdalena.

Luego la bahía, a cuyas aguas, bruñidas y serenas, sirven de fondo verdes montañas, blancos caseríos, que tienen el encanto, la dulzura, la melancolía de un cromo de los tiempos románticos.

A la derecha, confusa, abigarrada, caótica, la ciudad. Más lejos, altas chimeneas humeantes. Incensarios en que el trabajo ofrenda sus dones a la altura.

Podéis seguir el curso del sol. Vedle cómo nace, tenue, rosado, febre; cómo, al llegar al Zenit, cubre de oro y diamantes el flexible manto del Océano; cómo incendia, al morir, cielo, peñas, bosques, envolviéndolo todo en una túnica deslumbrante de fuego.

Podéis, en las claras noches estivales, soñar al arrullo de las olas, oyendo las lejanas canciones marineras, viendo rielar la luna en las aguas transparentes y tranquilas; siguiendo con la imaginación las doradas velas, que se alejan rápidas, hasta fundirse en la inmensidad de la noche...

No; no conozco lugar mas bello que éste paisaje que hable tan íntimamente al alma; donde el espíritu puede desprender-

se con tanta libertad de sus ligaduras carnales, y volar, exento de impurezas, por las regiones del ideal y el ensueño.

Digno de la belleza del lugar es el edificio. Un acierto absoluto de estilo, distribución y decoración. Se adivinó todo, se preveyó todo. Labrado para una "elite" de magnates es algo maravilloso junto a lo cual los palacios que describen los cuentos orientales casi resultan cabañas de humildes pastores. No hay detalle de comodidad, de lujo, que no esté previsto. Desde las cocinas al gran comedor, todo es suntuoso, admirable, exquisito. Javier Briancho consolidó su fama de artista en esta obra, que puede ofrecerse como modelo a la admiración de propios y extraños.

De estilo moderno, con influencias del arte montañés, campea en sus líneas exteriores la gracia, la armonía. Interiormente une a estas cualidades un sentido práctico excepcional. Ni una habitación interior. Rodeado de un magnífico parque a la inglesa, todo el edificio tiene vistas a él. Cuenta con dos entradas: una sobre la avenida Reina Victoria, dispuesta en rampas, que permiten salvar cómodamente el desnivel existente respecto a la carretera; otra por el paseo de Pérez Galdós.

A la altura del primer piso, en las fachadas Este y Sur, una amplia terraza, balcón maravilloso, desde las cuales se domina el panorama antes descrito, se ve el Campo del Polo; pueden seguirse las regatas.

Briancho ha encontrado colaboradores admirables para su obra: el ingeniero contratista Victoriano de Lizundia, a pesar de los obstáculos con que por las circunstancias actuales se lucha, ha realizado una labor asombrosa por lo rápida y lo perfecta. Aún a los menos experimentados sorprende el aspecto de esbeltez, la pureza de líneas, el refinamiento de detalles que las obras ofrecen.

Lizárraga, a cuyo cargo se halla parte del mobiliario, se ha mostrado digno de su fama.

Pablo Mata, el artsita exquisito, ha refrescado por su parte los laureles que obtuvo en el Gran Casino. He visto un salón dorado maravilloso de finura y elegancia; un cuarto

de caoba en el mismo estilo estupendo; una sillería de medula con almohadones de cretona que constituye un alarde de buen gusto.

Ya en el capítulo de las alabanzas sería injusto omitir las que merecen los iniciadores de la idea, que con entusiasmo heroico trabajaron por realizarla. Santander les debe gratitud eterna.

También muy rendida a D. Alfonso, primer accionista de la Sociedad constructora del Hotel Real, para el cual dió el nombre: al duque de Santo Mauro, al marqués de Valdecillas y a la brillante Prensa santanderina, que prestó su inapreciable concurso para que la idea se transformase en realidad inmediata y tangible.

D. Emilio Cortiguera

Los que hemos dejado de escribir y casi vamos dejando de leer, con riesgo de terminar en analfabetos *de hecho*—que es el estado literario de la mayoría de nuestros intelectuales *de derecho*—necesitamos un estimulante muy fuerte para requerir la pluma y colocar la mano derecha sobre una cuartilla.

Y para mí ningún estimulante me llega más directamente al corazón que este encargo de escribir unas líneas respecto a Emilio Cortiguera.

¿Unas líneas nada más? Pues aprovechemos y realicemos un milagro de concisión.

Inteligente, intelectual (de verdad, eh?) bueno, generoso y trabajador.

Se ha leído siempre su nombre entre los primeros de toda iniciativa artística o acto noble.

Profesionalmente poco puedo decir de él ya que soy lego... es decir...

La fuerza de la rutina me llevaba a sancionar una opinión que no he compartido nunca respecto a médicos y odontólogos.

Porqué se ha de decir que no podemos juzgarles los profanos en esas ciencias? Todo lo contrario; creo que nadie puede juzgarles mejor que los enfermos y en tal sentido y como cliente de Cortiguera, afirmo que es una eminencia en su Gabinete Dental, magnífica instalación que tiene muy pocas semejantes en España.

Y consecuente con ese criterio mío, añado que el que quiera dictámen menos parcial, se entere de la opinión de nuestra bellísima Reina Victoria, que a las manos expertas de Cortiguera confió este verano último el cuidado de su boca y por ella salieron grandes elogios del dentista, a quien volvió a llamar profesionalmente como evidente prueba de la confianza que el acierto de Cortiguera la había inspirado.

Escritor, es claro, correcto, e ingeniosísimo, ameno como pocos. Músico, algo más que aficionado como ejecutante y como compositor. Conferenciante, es un modelo de conversacionistas, a fuer de hombre culto, inteligente y bueno, que puede divertir sin envenenar.

Y por último (¡y esta condición sí que le retrata y enalte-



D. Emilio Cortiguera, músico, escritor, pintor, y más que todo montañés, muy montañés.

ce!) elegido para formar parte del Excelentísimo Ayuntamiento (¡mea culpa!) *no ha servido* para concejal de estos tiempos!

Santander, noviembre de 1916.

LEOPOLDO PARDO.

D. Salvador Hedilla

Nuestro querido y admirado paisano el intrépido aviador Salvador Hedilla, director del Aerodromo de "La Volatería", de Prat de Llobregat, ha sido condecorado.

Después del "raid" de Barcelona a Palma, efectuado en aeroplano durante el verano último por el notable aviador, el Ayuntamiento de Palma tomó el acuerdo de elevar una instancia al Gobierno pidiendo se le concediera una condecoración, por ser el primer aviador que había realizado dicho "raid".

El alcalde de Palma de Mallorca ha recibido una real orden concediendo la cruz de plata de Isabel la Católica, libre de gastos, para Hedilla, habiéndosela remitido a éste con una expresiva comunicación.

Enviamos nuestra enhorabuena a Salvador Hedilla, que tan gratos recuerdos dejó en esta ciudad por su intrepidez y valentía.

DE LA VIDA AGRESTE CARPIUCO

(PARA MI ANTIGUO Y EXCELENTE AMIGO, EZEQUIEL BARQUÍN)

CUANDO abocamos a aquel callejón, que parecía no tener salida, mi compañero de viaje, desconocedor de los lugares que íbamos pisando, paróse en seco para interrogarme entre temeroso y risueño:

—¿Se puede saber a dónde vamos?

Sonreíme yo a mi vez, y apuntando hacia adelante, tomé el primero la embocadura para desechar del ánimo de mi amigo toda prevención; prevención harto fundada habida en cuenta la configuración y aspecto del lugar aquel y el desconocimiento antes dicho.

En efecto; a un suelo áspero, desigual, estrecho y tortuoso como las ondulaciones de un reptil, que recordaba el paso obligado de éste a su madriguera, suelo alumbrado solamente por la escasa luz cenital proyectada a través del lacio ramaje de unas cagigucas que coronaban los bordes de ambos terreros, cual tiestos sobre una tapia, uníanse las paredes formadas por estos mismos terreros, viscosas, húmedas, verdinegras, mal olientes y con grietas por las que asomaban, contemplando estúpidas nuestro paso, asquerosas alimañas.

Y siguiendo pausadamente, para evitar a nuestros pies los tropezones consiguientes contra los morrillos arrastrados hasta allí por el rudo embate de las corrientes invernales, toda una sección de la fauna, mostrada al natural: el escarabajo de grandes y aserradas antenas como las astas del ciervo, y que el vulgo llama *diablo*, en atención a la cornamenta; la salamandra, de tintas chillonas y torpes movimientos; el sapo apoplético y la inquieta lagartija, el ratón vivaracho y el perezoso *lumiaco*; abajo, en la pozuca que modeló la pezuña de un buey, coleando los rechonchos *zapateros*; arriba, agazapada tras de las redes tendidas en las cagigucas, la araña taimada, esperando la caída en ellas del atolondrado moscardón.

Y más *ejemplares* aquí, y otros tantos más allá, tales con nombres apropiados a alguna de sus cualidades esenciales por la fantasía popular; cuáles, el mayor número, excluidos por completo de aquella nomenclatura; éstos metidos en las hendiduras; aquéllos agazapados al pie de las retorcidas vetas de los raizones; los menos columpiándose en las ramas temblorosas de las cagigucas, escuchando, voluptuosos, la charla del *colorín* vocinglero.

Caminamos un buen trecho dentro de aquella especie de galería de historia *natural*, como se la apellidé a mi amigo, por si encontraba apropiada y de su agrado la comparación.

¡Y tan natural!—exclamó muy serio—quizá molestado aún por no haber hallado respuesta a la pregunta de *marras*.

Afortunadamente, la contestación estaba a la vuelta de un pequeño recodo. Doblamos éste, y apareció una mayor claridad, que disipó el mal humor de mi amigo, el cual de nuevo exclamó, ahora más tranquilo y en tono un tantico zumbón:

—¡Con el rey de los animales hemos dado!

Llegábamos a un campizo poblado de gallinas que a nuestra presencia huyeron a grandes zancadas, aturcidas y veloces, precedidas de su guardián, hasta una pila de estiércol sobre la cual, creyéndose en salvo, prosiguieron su labor. Pegante al estiércol, y en una poza de aguas corrompidas, yacían, en encontrada postura, muellemente reclinados, gozándose en su perezoso abandono, dos de la *vista baja*; seguían a continuación un carro embarrado, viejo y maltrecho, zarzas con *árgomas* y retamas en el portaluco desvencijado, cubriendo en parte herramientas de labranza, desperdigadas aquí y allá, y en la *corraliega* fangosa una hilera de boñigas frescas, señalando el paso del ganado a la *corte*.

Como digno remate de estos y otros más nimios detalles,

y abarcándolos a todos, alzábase al fondo una vivienda a tejavana, tan raquílica como escasa de luces que alumbraran su interior, ruinoso y carcomido por la incuria y las celliscas, e invadida en gran parte por la hiedra que, hincando sus numerosos tentáculos en los roñosos tapiales, subía a toda prisa por el esconce del vendaval hacia el tejado semidesecho y medio hundido.

Al ruido que produjeron las gallinas al huir, respondió la presencia de una figurilla desgarbada en el vano de la puerta principal de la casuca; dando lugar a la exclamación de mi amigo.

Parecía el hombruco, que esto era la figurilla, una sabandija saliendo de su covacha.

Aparte de lo ruín, cosa de todo punto inevitable, estaba sucio y desarrapado: las greñas, cubiertas de polvo y de sudor, cubríanle gran parte del rostro a modo de las de esos perros falderos a quienes las suyas les tapan los ojos, y de su vestimenta, perdidos el primitivo color y urdimbre, colgaban los jirones, como los desgarros que forma el agua turbia saltando por las quebraduras de un peñasco. Sus manos secas, nervudas y encorvadas, rematadas en córneos apéndices, *enlutados* por la porquería, semejaban las del felino. Había en sus barbas, a medio rapar, púas de jabalí, y en sus ojillos grises, de viveza ratonil, algo de la mirada del raposo. En cuanto a lo demás, *Carpio*, Policarpo, que así se llamaba el hombruco, era, según él, un alma de Dios.

Correspondió a los “buenos días” que le dimos saliendo a nuestro encuentro prodigando saludos y reverencias, contorsiones y visajes, en tal guisa y de tal modo que cualquiera, al no conocerle, hubiérale tomado por un *gorila* escapado de una tribu de húngaros ambulantes.

Notábase en él por lo tardo de su paso y lo rastrero de su mirada, amén de algunas palabras dichas entre dientes, que al venir a nosotros lo hacía acuciado por la curiosidad y el recelo; y cuando le fué satisfecha la una y disipado el otro al decirle que no nos guiaba por aquellos andurriales intención alguna contra su persona y hacienda, tomó pié de esto para desembuchar, andando a nuestra vera, el saco, bien repleto según él, *Carpio*, de sus penas y trabajos, porque de alegrías y bienandanzas apenas si tenía qué contar.

Lo de que cada *probe* al venir al mundo, añadió *Carpio*,—acomodando al aticismo rural su habla pintoresca y afectada—trae un pan debajo del brazo, nunca rezó con él. A sus puños, y nada más que a sus puños, debía él el pan que comía,

amasado con sudores
y comido entre fatigas,

según había leído en una copla comprada a un *ciego*. ¡Ah, qué verdad la de la copla! Y eso que al autor de ella se le olvidó *poner* algo: lo de que ese pan, sería aún gustoso sino le acompañara el amargor de la desdicha. Porque así le venía comiendo *Carpio*, entre desdichas, y viviendo acogotado por ellas lo mismo que el buey bajo el yugo que le sujeta al carro. No parecía sino que el *mesmo* demonio se había encargado de “gobernarle” la casa y hacienda.

Y metido en menudencias, fué contándonos cómo para él *siempre* venía recargado el *tercio* de la *contrebución*, y lo mismo acontecía con los repartos municipales; pagaba *ceula* de “pudiente” sin serlo, y cuando a *retaporción* había de *escotarse* algún dinero para arreglo de callejas o portillas, a *Carpio* con el *sambenito*, recargándole la cuota, a título de premio de cobranza o de que hubo que *echar de más* para una *bebida*. Y a la llegada de un nuevo cobro, un nuevo aumento,

y siempre así, y él, a la buena de Dios, dando cuanto se le pedía.

Y todo porque me ven probe y sin defensa; sin defensa, ¡puño!—agregó Carpio irguiéndose y braceando como esos bicharracos a los que se les pisa la cola—sin defensa por mis años que, a tener menos de los que tengo, otra cosa fuera.

Pues todavía con ser lo que se hace conmigo en este particular, cosa que no tiene nombre—añadió el hombruco—lo

lo justo? ¿No es la pura razón ésta? ¿Porqué, pues, se han de cebar todos en mí?

Que si yo tal, que si yo cuál. Cuiden los demás su hacienda como yo cuido de la mía, y no se metan con el que, por librase de malos quereres, ha venido a cobijarse en el *ujero* que ustedes han visto hace poco. Tiene, bien mirada la cosa, algo de particular que si yo hallo una panoja en un sendero, supongamos, la eche al cuévano? Sé yo si es de

CAMPESINOS MONTAÑESES



ALCEDA.—De vuelta del trabajo.

(Fot. artística de Araúna).

hay *pior*, sí, señores, *pior*, aunque parezca mentira, y ustedes no lo crean. Porque si pa esparcer un poco los malos humores y dar alguna expansión al ánimo, bien necesitado de ella, voy, “es un suponer” *daque* domingo a la taberna, allí me *alguardan* las burlas, allí el vilipendio y el *bichorno*. Y lo mismo, si para evitarme compromisos en la taberna, asomo a la bolera, y otro tanto me acontece cada vez que, por creerlo de *josticia* y ser de razón, me opongo en el Concejo a que *éste* o el de más *allá* hagan mangas y capirotos con el dinero del pueblo. Y si alguna vez, faltándome la *pacencia*, que no siempre la ha de tener uno en el bolsillo, alumbro un estacazo o digo cuatro verdades al que no las quiere oír, cátrate al día siguiente con el *menistro* del Juzgado de Paz llamando a mi puerta a cachavazo limpio.

Yo no me meto con *naide*; yo no hago mal a *naide*, ¿qué menos voy a pedir que *naide* se meta conmigo? ¿No es esto

esta tierra o de la *otra* o de la que *arrima*? ¿Estoy obligado a averiguarlo ni tengo porqué hacerlo? ¿No pudiera ser la panoja de mis “hazas” y habérsele caído al que a mí me la cogió? ¿Qué mal hay en segar un *garrote* de hierba en un *lindón* que, si bien se mira, no es de *naide* y sólo sirve de límite a dos *tierras*? ¿Hasta la leña del monte, lo que es de todos, y bajo a mi casa con grandes esfuerzos, y si a mano viene hecho una sopa—siguió Carpio irguiendo sus brazos en ademán de amarga queja—se me echa en cara, alegando que solamente lo hago por pura granjería, y no para dar calor en invierno a mi cuerpo *aterecido*? ¿Quieren ustedes más? Pues hay más, que la relación de mis desdichas no es de las que se acaban tan pronto: el jueves pasado “dióme” por ir a *Torlavea*, de dónde, después de “mercar” dos de la *vista baja*, con *perdón* de ustedes, eché a andar para casa, y a la “revuelta” de *Peñas Negras* asomó un *auto*, tan de repente que apenas si me dió

lugar a guarecerme detrás de un árbol; pero ¡lo que es la suerte de algunas criaturas! ¡lo que es la mía! A una de las *crías*, la mayor y la más maja para que el diablo no se ría si miento, la *tronzó* el *auto* una pata. Y ahora, Carpio, tú que no puedes, llévame a cuestras y carga además con los perjuicios, es decir, que tuve que *jalar* del *gorrín* y traerle a casa a puro trompicon y como Dios me dió a entender. Llego a casa, y el *menistro* a la puerta. ¿Hay o no para volverse loco? ¡Cuándo, cuándo vendrá la hora en que haya para mí, ya que no caridá, *josticia* al menos! Esto es lo que pido y no más.

Calló el hombre por breves momentos, al cabo de los cuales, presa, al parecer, del mayor desaliento, y con entonación y ademanes del género más bufo, acompañados de una mueca, risible por lo grotesca, lanzó, mirando al cielo, este apóstrofe:

¡Ni la Providencia se *alcuerda* de mí!

—Nó, eso nó,—saltó una voz a nuestra espalda,—que, a falta de la que tú echas de menos, aquí está la del señor juez.

Sobresaltóse *Carpio* al reconocer en el recién llegado a *Quicones*, el portero del Juzgado de Paz, y guardó silencio hasta ver en qué paraba “aquello” aunque de sobra presumía no ser cosa buena para él.

A modo de preámbulo, y como “para hacer boca”, dijo el “funcionario”—limpiándose el sudor y después del ordinario saludo—que habiéndonos *divisado* desde *La Tajona*, venía a nuestro *alcuentro* porque a ciertas gentes, en cuya busca iba, había que *pesca*rlas a lazo, como a los *miruellos*. Por eso, y nada más que por eso, se presentaba él allí, pidiéndonos perdón si con ello *ofendía*.

Tragó *Carpio* la píldora lo mismo que el enfermo una pócima o sea, a la fuerza, a falta de otro remedio más suave; y aún cuando siguió callado, bien se notaba en su silencio la calma precursora de la tormenta próxima a estallar.

Mientras tanto el alguacil, sin parar mientes en ello, hundiendo su brazo hasta el codo en el bolsillo interior de una vieja zamarra, no hecha para él, sacó un documento que leyó en alta voz, con mala acentuación y a trompicones: era la susodicha providencia ordenando a *Carpio* su presentación en el Juzgado.

Tampoco, llegado a este punto, dijo *Carpio* una palabra.

De nuevo acudió la misma mano a la misma talega, que esto y no otra cosa parecía el bolsillo de la zamarra a juzgar por lo que se hundía el brazo, en demanda, al parecer, de otros papeles, saliendo entonces un “auto”, en el cual, *para mejor proveer*, el juez de la capital exigía de *Carpio* la alegación de ciertas pruebas en causa seguida a éste por hurto.

Al oír *Carpio* la palabreja, exclamó por lo bajo, con visos ya de perder la calma:

¡A que me resulta este *auto* más caro que el de *Peñas Negras*!

Y tembloroso por la cólera, hasta entonces mal reprimida, agregó, ya en alta voz, dirigiéndose al alguacil en tono zumbón:

—¿Tiene su señoría algo más que notificarme?

—Sí, señor,—contestó aquél, picado, y siguiendo a *Carpio* en el mismo tono empleado por éste,—aún falta el rabo por desollar.

Y por tercera vez fué la mano del alguacil a la talega, y por tercera vez salió de ella un tercer documento, o sea una sentencia imponiendo a *Carpio*, además del arresto correspondiente, las costas originadas en otra causa que se le seguía por injurias...

No acabó el funcionario de leer el documento porque le sorprendió la tempestad estallando con toda la fuerza de su cólera.

¡Cielos con el bicharraco aquél y cómo se puso!: su boca, que unas veces parecía la de una cloaca, por lo inmundada, y otras la de una pieza artillada vomitando nubes de metralla, no dejó títere con cabeza en todo lo alcanzado por los proyectiles, no obstante ser larga la distancia. Porque desde el *Gobierno*, cobijador de tanto pillo y amparador de tanto ladrón, que en vez de estar en la cárcel, andaba suelto *chumpan-do* para vivir la sangre del *probe* hasta el pedáneo del lugar, incluso la escala intermedia, ni uno solo escapó de la refriega sin la correspondiente descalabradura.

Pues dígo*te* *la* que llovió sobre *Quicones*, dejado de intento para lo último. Hubo par él y aún quedó para las dos generaciones que le precedieron: Que *hambrión*, que *gandul*, que *sinvergüenza*, que *perdulario*, que *comedor* y *canalla*... Que la perra de tu madre... que el borracho de tu *güelo*... todo ello sazonado con *retacós* y maldiciones, juramentos, y porvidas... con el resto del vocabulario de voces gruesas y del repertorio de frases e interjecciones *puramente* castellanas y netamente groseras. No queda más sucio aquel sobre el que vierten un montón de basura.

Huyó *Carpio* como el zorro cuando oye cercanos los ladridos del mastín, un poco por haber escuchado rumor de gentes que se aproximaban al ruido de las voces, quizá por miedo a la actitud de *Quicones*, al parecer nada tranquilizadora; y debido a esto concluyó en sainete lo que amenazaba acabar en drama, que a *Quicones* se le iba agotando la paciencia.

El cual despidió a *Carpio* con estas palabras: ¡Lo que es de *esta*, no te *me* escapas, nó; ya me *la* pagarás, ya... y *bien* pagada, eso sí!

Y como le quedaban aún por “tramitar” algunas diligencias, antes de ir a casa, invitónos cortésmente, alegando un precepto de la ley, a que *le* firmáramos la *comparecencia*.

JOSE DE A. REVILLA Y CAMARGO.

Cantares populares montañeses

PARA MI TIO EL ZURDO DE ESCALANTE

Las muchachas de Hoz de Anero
gastan muchos perendengues,
las mandas tocar, no saben,
pero... bailar bien lo entienden.

Viva la gente de trueno,
viva la gente tronera,
de los hijos de mi padre
yo soy el más calavera.

Olas que cruzais los mares,
olas que vais y venís,
decirle a *El Zurdo* y a *El Cuco*
que no se olviden de mi.

Mi marido es un Juan Lanás,
le hago la cama y le acuesto,
y yo me voy con el cura
a cojer peras al huerto.

Eres una fanfarrona
que cuando vas al mercado
todo te cuesta el dinero
y dices que te lo han dado.

Las muchachas de Castillo
se dicen unas y otras:
las de Maruelo se casan,
cuándo lo haremos nosotras.

Delfina CUBILLAS.

A las orillas del Plata

De *El Cantábrico*:

“En una correspondencia de Buenos Aires hemos leído con agrado que en la sesión celebrada en el Ateneo Hispano-Americano de aquella capital para la recepción del ilustre académico español don José Ortega Munilla, el celebrado maestro de periodistas disertó sobre este tema: “Cantabria. Visión de tres ciudades. Pereda y sus creaciones”.

El señor Ortega Munilla hizo una amplia descripción de nuestra capital, recordando a Menéndez Pelayo, a Escalante y a otros montañeses ilustres. Describió después Santillana y la cueva prehistórica de Altamira, y luego presentó al auditorio la figura de don José María Pereda, empleando, en la descripción característica, frases tan fluídas y oportunas, que parecía surgir allí el propio retrato del hidalgo montañés. Hizo elogios de los ideales del maestro y de la importancia de su obra literaria y recordó los libros que éste leía con preferencia y el homenaje que le tributaron cuando fué a Madrid para su recepción en la Academia.

Antes de terminar expuso el conferenciante el dolor que le había producido la muerte del ilustre escritor, dando fin a su discurso, con las bellas y emocionantes frases que a continuación transcribimos:

“Al ordenar en los últimos días estos apuntes, mi alma ha volado a la Montaña querida, y he vuelto a la edad juvenil, y los melancólicos recuerdos me han aislado de la agitación prodigiosa de la gran metrópoli del Plata. Perdonad si mis últimas palabras son de tristeza. Es que me he asomado al abismo de los recuerdos y he sentido que me envolvía el soplo helado de la muerte. Cuando se evoca una sombra venerada parece como si ella quisiera llevarnos en su compañía. El viaje al país del dolor es un viaje del que no se retorna sano”



Palacio montañés en Esles de Cayón, propiedad de D. Vicente Ruiz. Proyecto del arquitecto señor Riancho, autor del Palacio Real de la Magdalena, y del Hotel Real.

(Fot. Araúna).

Santander está muy obligado a agradecer al ilustre literato y periodista don José Ortega Munilla este sentimental y cariñoso recuerdo que al otro lado del mar ha dedicado a la Montaña. Algunos paisanos nuestros, al oír su conferencia, sentiríanse hondamente emocionados. Si alguna vez el admirado escritor viniese a Santander, no perderemos la ocasión de demostrarle de un modo expresivo nuestro agradecimiento.”

Y Santander no haría más que cumplir con el maestro insigne, que siempre tuvo para la culta ciudad y para sus hombres célebres frases de admiración y de cariño.

Felicitemos al señor Ortega Munilla, amigo de LA MONTAÑA, por el éxito que con su talento envidiable alcanzó en Buenos Aires hablando en el Ateneo Hispano-Americano de Cantabria y de sus más preclaros varones.

SATISFACCION

Manuela, ¿advertiste
qué jaque bailaba
con la peripuesta
nieta de la indiana?

—¡No había de advertirlo!
El Toño del alma,
señor está hechu
en tratu y estampa.

—Ya, ya y que finucu
viene de la cara....
¡de villa paece!
¡qué lustre! ¡que gracia!

—Las mozas le miran
desde las ventanas,
cuando tan vistoso
bajo de ellas pasa.

Y si él va y saluda
con daque palabra,
colorás se ponen,
se azoran.... y callan.

Casi con respetu
los mozos le hablan
de novias, de juegos,
de roldas, de marzas.

Hasta los chiquillos
tras del, siempre andan,
y a mí—soy su madre—
me se cae la baba.

—Ahora dile al Tordu
y a la tia Alimañas
qué aver si se bulrran
como se bulrraban,

cuando el nuestro hiju
salió de esta casa
para los Madriles
cargau de esperanzas.

Ramona SALCES.

Madrid, 1916.

AMORIOS

FLORENTINA la hija del tío Arvejana era sin duda la moza más guapa del lugar y acaso también la de aquel contorno. Esbelta de cuerpo, de senos tersos, todo de nacarado y fresco color, tan fina de cutis que se la podía descalabrar con un grano de trigo. Tenía los ojos pardos y pícaros sombreados por largas pestañas y el pelo rizado, castaño, peinado en hebras finísimas con raya al lado y cayendo sobre la frente en rizos caprichosos... Era además alegre y jovial, *muy risotera*, y tan hacendosita y trabajadora que ella era el principal puntal de la escasa hacienda del tío Arvejana.

Con tales condiciones, ni que decir tiene que la moza era muy solicitada. Los mozos de la comarca se la disputaban y en más de una ocasión los pretendientes habían tenido reyertas por mor de la tal mozuca y eso que ella no fué nunca casquivana ni amiga de entretener con falsas promesas a nadie.

De entre tanto pretendiente, dos de estos llegaron a interesarla. Apresurémonos a decir que cada uno de ellos en un sentido distinto. Teyo el hiju del Mayorazgu era el preferido por ella. Este muchachote alto, derecho como una alisa, de simpático y gallardo continente, gran jugador de bolos, el primero en las *roldas* y romerías, fanfarrón, con la fanfarria que le daba el ser hiju de mayorazgu, así la hacienda de éste estuviera ya bien mermada; tenía además una *labia* para hablar, la decía a la mozuca unos donaires tan majos y la cantaba cantares tan amorosos las noches de *rolda*, que ella estaba loca, completamente loca de amor por él.

El otro mozo por quien Florentina sentía simpatías era Carpio el de la tía Juana la Torca. Era este un muchacho tan formal y trabajador, que muy pocas veces dejaba el trabajo para irse de *jota*, gracias a lo cual su pobre madre viuda, no carecía de nada y muy al revés el *pié* de ganado iba aumentándole. Un mozo, en fin, que no le había como él para alcaldar el atuendu, amañar rodales y contender el ganado y que lo mismo segaba a lombiu doble, que hacía un carro de leña en un santiamén. Verdad es que no era alabancioso, ni se daba buen arte pa bailar, ni tampoco muy bien tresnau que digamos; pero no sabía Florentina lo que la pasaba, que siempre se ponía triste, cuando Carpio, todo azorau, la dirigía la palabra. Veía ella con la honrada intención, con el buen aquél que el mozo la hablaba y sentía en su alma generosa no poder corresponder al cariño que éste le demostraba. No, su amor era para Teyo, entero, total; pero a Carpio le quería algo así como si fuera un hermano.

—Bien se yo Florentina que no te peinas pa mí, decía Carpio y así debe ello ser, porque las rosas y los lirios no es justo que las lleven y las luzcan melenos como yo; pero te juro por mi alma que no me había de ganar naide a cudiar del mi rosal que en ello tuviera yo el mi placer y tóo el mayor interés de mi vida. Mas no sé por qué machaco en yerro frío...

—Hay hiju, eres mas pesau que el mazu de la ferrería de Horna. Ya te tengo dicho, tontu, que no me andes con esos requilorios, que yo te tengo buen aquél porque eres honrau y mañosu y miras por tu madre y por la su hacienda como un buen hijo que eres; pero, tontu, déjate de otros belenes que bien sabes que en esi aquél, ya estoy yo comprometía.

—Y bien que lo sé, que no hay quien te arranque esi querer, que Dios quiera que bien te pinte, pues tou el daño que yo te deseo se me vuelva a mí; pero no dejaré de decir que les hay con suerte...

—También tu la tendrás hombre y bien merecía, que nunca faltó un rotu pa un descosíu.

No le agradaban mucho a Teyo estas conversaciones cuando a su noticia llegaban y frecuentemente se quejaba de ellas.

—No pos, decía, si el de la Torca se empeña en que yo le caliente el atu, se va a salir con ella. Es ya muchu cuentu los paliques que se trae contigo, pues no paece sinó que es el tu majitu, cuando no tiene el probucu ni fegura de arte, ni cuasi aonde llevar un quantazu.

—Mira Teyo, no hagas malos juicios de Carpio que para nada se alcuerta del santu de tu nombre y que a más es un muchachu cabal y aluego que al simen de too, paece que eso es desconfianza de mi y bien sabe Dios que pa mí no hay más San Pedro en Roma que tú.

—Ni pa esti cura, una rapaza más pintá, ni con más garbo y más aquél que la mi Florentina.

Lo peor del caso fué que el *hijon* del Mayorazgu tuvo que ir soldado, quedando interrumpidos los coloquios amorosos de ambos jóvenes. Florentina en el tiempo que duró la ausencia de Teyo no pudo guardar mayor recato. No volvió a dar *lumbre* a la *rolda* de mozos, ni asistió a las *hilas* de tantas como se celebraron y procuró siempre no encontrarse con Carpio quien, justo es decirlo, viendo el recato de la moza tampoco quiso irla con nuevas embajadas.

El mozancón de Teyo por el contrario. Debido a su elevada estatura y excelente figura le eligieron para la escuadra de gastadores y todo vanidad y admiración a si mismo, le parecía muy poco para él aquella humilde lugareña y solo se acordaba de ella cuando para darse *pisto* la remitía algún retrato en posición fanfarrona o llamativa.

Mas llegó el tiempo de cumplir y regresar a la aldea, regreso tan deseado por la moza y tan temido por el gastador que acabó, en el servicio holgado que tuvo, por hacerse un baldín y temía las relaciones que con el arado y la azada le esperaban. Así fué que ya el pueblo todo lo encontraba pobre y con todos se mostraba displicente. Ya no tenía con Florentina aquellos coloquios llenos de pasión, ni aquellos decires galantes, ni la cantaba por las noches tonadas de amor. Solo por cumplir la iba a ver alguna que otra noche. Unicamente en la taberna era donde se encontraba más a gusto y por eso la frecuentaba mucho e hizo amistad íntima con los taberneros a los que procuraba agradar y ayudar a algunos menesteres. Repetía frecuentemente que el pueblo no era para él y pensaba en algún destino en la ciudad o en ingresar en la guardia civil.

El tabernero era un viejo achacoso y *gastao* aunque no hacía muchos años se había casado con aquella ordinarietz de mujer, una mozancona cerril, colorada y grasosa que, ante los muchos cuartos del tabernero, no tuvo inconveniente en *cargar* con aquella ruina, aunque diciendo socarronamente para sus adentros “que con un cesto viejo se compraba otro nuevo.”

Y en efecto el pobre viejo, víctima de sus achaques, entregó su alma a Dios y dejó los cuartos a su mujer. Ni que decir tiene que nuestro hombre o séase el *hijon* del Mayorazgo no salía ni poco ni mucho de la casa del duelo y reemplazaba en los menesteres de la taberna al pobre difunto.

La tabernera viuda, entre sollozo y sollozo, pero firme en su idea de “compara el cesto nuevo con el producco del viejo” toda se volvía hacer arrumacos y carantoñas al ex-gastador que convencido de que por aquél lado podría venirle la holganza tan anhelada, dejábase querer e iba al mismo tiempo adueñándose de la casa. Muy en breve no

se hablaba de otra cosa en el lugar sinó del próximo enlace de la tabernera con Teyo el del Mayorazgo.

El dolor, la rabia y la ira de Florentina no es para descripto.

—Sería posible que el muy farolón fuera tan descas-tau que la hubiera tenido engañá con embelecocos tantu tiempu? ¡Dios mío qué partía! ¡Y por quién la dejaba! Por aquella morrazos que parecía un costal de patatas, coloraona y con una panza de orégano...

—Josús, pa volverse loca era. Encuentatis yo le eche la vista encima a esi endinu, baldión, condenau del diablo va a tener que oirme. Y a ella la muy sopazas la ha de esgar-rapatar. Los pocos pelos que tiene en el cocote se los he de arrancar de cuaju. Yo té. Yo té... Mas te valiera que te acordaras del difuntu que mataste a sofocones, so escurpión más que escurpión.

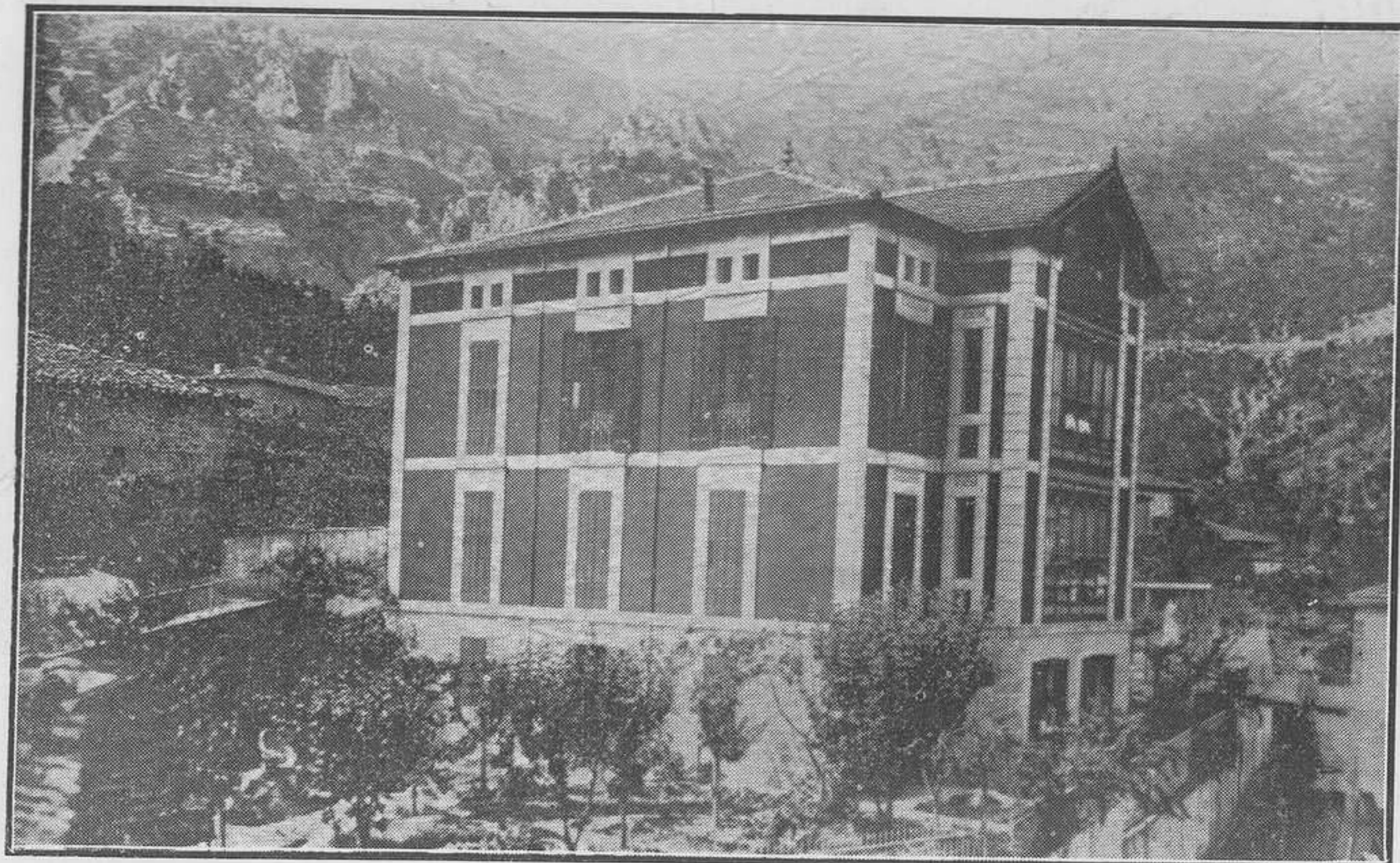
Estas amenazas llegaron a oídos de la tabernera quien toda asustada pedía amparo al gastador el que a su vez también tenía ganas de liquidar por completo con su antigua novia. Y en su busca fué una noche en que ésta volvía de traer un *caminu* de agua. Por muy fresco que fuera el mozo, y lo era bastante, sentía temores de abordar la cuestión y algo aturdido esperó recostado sobre la pared de una calleja.

—Oye tú, Florentina, tengo que hablar contigo.

—Toas las cuentas tengo yo ajustás contigo y no sé pa qué quieres que hablemos como no sea pa decirte que eres un charrán, un desalmau y un mal hombre. Vete, vete, con esa pindonga que te ha sorbió el sesu y que más que una mujer paece un mondongo. Vaya con el señoritejo que pacía que no cabía en el mundu de ispiu que se ponía y en lo que se ha díó a emplingar. El demonio de...

—Mira, a mi me pues llamar to lo que quieras, pero a esa mujer has de tener muchu cudiau con la lengua porque no quiero yo que naide se ocupe de ella.

—¡Calle! ¿Me vas a quitar tú de decir la verdad? Que es mesmamemnte una pánfila y que mejor fuera que se acordara de rogar por el defuntu, que no de moscar con la luna. Y tú y tú que por no trabajar y por coger los cuatro cuartos que tiene eres capaz de cargar con esa talega llena de roña y de moñiga. ¡Tuy, farsantón, baldión!..



Hermosa quinta "Villa Daría," de nuestro conterráneo D. Francisco García del Rivero, en Cadagua, (Valle de Mena).

—Pa que no seas tan deslengua te voy a dar un bofetón.

Y ciego de ira levantó la mano el mozo a tiempo que un nuevo personaje se interpuso entre ambos y que no era otro que Carpio el de la Torca.

—Alto ahí, gritó imperativo. Antes que tocar a esa ropa hay que pasar por encima de mí.

—Sí; pos toma. Y descargó sobre Carpio un fuerte bofetón que le hizo rodar por tierra; pero éste ligero como un gamo levantóse con una piedra de gran tamaño en la mano que violentamente arrojó sobre la cabeza de Teyo el que dió dos vueltas en redondo y cayó por último como herido por un rayo.

—Le has matao, Dios mío, gritó Florentina al mismo tiempo que se acercaba a Teyo y le restañaba la sangre con su pañuelo. Trae Carpio la cántara de agua pa refrescarle la herida y la cabeza a ver si vuelve en sí. Buena la has hecho hiju y tóo por mi culpa. Virgenzuca de Montes Claros haz que no se muera y que vuelva en sí y que se case con esa mujer o con quien se le antoje, pues yo no le deseo ningún mal; pero ya tampoco deseo ir con él atada con la misma coyunda.

Teyo volvía en sí poco a poco y la herida bien vendada por Florentina no ofrecía tampoco gravedad alguna.

—Ayúdame Carpio a ponerle en pie y déjamele a mi sola y espérame tu aquí que enseguidina vengo. Voy a ver si le puedo dejar a la puerta de la taberna donde él tiene el su querer y yo volveré en busca del miu que no ha de ser otro que el que me ofreces tu, tan cariñosu y tan aquello.

Al poco tiempo cosntituían un feliz matrimonio de labradores Carpio y Florentina. La tabernera logró el "cesto nuevo", Teyo la vida holgada que tanto anhelaba, y todo el mundo contento.

HIGEDO.

(De *El Ebro*).

ANTE LAS RUINAS

DESDE las lindes burgalesas hasta los altos riscos que salvó Pereda camino de Tablanca, he cruzado varias veces los valles que baña el Ebro saltarín y espumoso. Fué en una excursión memorable para mí, con ocasión de aquel proyecto de embalse del río histórico, tan popular por las coplas aragonesas como por los pinceles de un loco artista.

Ví la tierra campurriana en todo su hosco esplendor, anduve sus caminos, hice alto a la sombra de sus ruinas, me repuse en sus ventas y llamé como un peregrino, en los umbrales de sus casas. Y la hallé siempre tierra noble y hospitalaria, cuyos montes son baluartes de su fuerza y cuna de su libertad.

No quise abandonarla sin rendir mi tributo de devoción a la memoria de aquel varón insigne que se llamó don Angel de los Ríos, en su Torre de Proaño, del alto Campóo. Me acompañaron Arenal y Argüeso. Era una tarde de ventisca y varias veces, a lo largo de los caminos, me pareció ver la sombra del hidalgo de la Torre a caballo como un fantasma, igual que se lo imaginó Bonafoux, parecido a Bismarck jinete sobre su neurosis, atravesando la Selva Negra.

Visité Proaño. Ví la casa aldeana y labradora; el ancho patio donde los pasos resonaban como en una plaza de armas, la Torre abandonada y en ruinas; la capilla empolvada y misteriosa; la biblioteca obscura y solitaria; los montones de libros rotos y dejados para pasto y delicia de roedores. Y recité los versos del gran poeta de Cantabria:

*¿Dónde están ¡oh solar! los que surgieron
del obscuro linaje y te fundaron
y ser y nombre y majestad te dieron?*

Desde entonces, cuantas veces he recordado en mis forzosas ausencias de la Montaña la Sierra de Campóo, he evocado la figura y el nombre del extraordinario varón, cuerpo de roble y espíritu de acero, capaz de todas las bondades y todas las justicias. Siempre me ha parecido que el señor de Proaño, por lo recio de su temple y lo señorial de sus maneras, simbolizaba a maravilla el fuerte y bravío solar de Cantabria.

Y cada vez más, el abandono de la Torre me hace pensar en aquel hombre, cuyas manos ennoblecedoras del horcón pudieran restaurar tanta ruina y reparar tanta injusticia. La Torre histórica tiene el triste espectáculo de todo el suelo español. También Castilla yace en escombros. Y solo un recio espíritu y unos brazos poderosos pudieran desenterrar la Tizona del Cid para abrir con ella los surcos donde echar la nueva semilla.

En Proaño, ruinas, abandono y olvido, desvanecida ya la sombra de un hidalgo, espejo de vidas fuertes y selectas. En toda España, tristezas y escombros en campos de barbecho, los montes desolados, las paneras vacías. Y la influencia y el favor, y el engaño, y la adulación campando a sus anchas placenteras y orondas. Sin querer, se piensa en la vuelta al mundo del caballero de la Torre y de Pedro Crespo.

JOSE MONTERO.

De la Sociedad Recreativa "El Arte"

Los Corrales, Santander, Noviembre de 1916.

Sr. Director de LA MONTAÑA.

Amargura 44, Habana.

Muy distinguido señor nuestro: Habiendo tenido la grata satisfacción de ver y leer la notable Revista que Ud. honorablemente dirige, hemos experimentado el deseo de, como montañeses, felicitar a Ud. efusiva y fraternalmente y expresarle, con nuestro cariñoso saludo, nuestros fervientes votos por que la publicación de su competente dirección alcance muchos y prósperos años de fecunda vida.

Humildes cultivadores, en este rincón de nuestra amada Montaña, de las aficiones artísticas y de su desenvolvimiento hemos fundado, también, un modestísimo periódico de que son muestra los números que por éste correo y en pliego aparte remitimos a Ud. que desempeña los oficios de portavoz de los actos musicales y literarios que nuestra Sociedad verifica de vez en cuando.

Inspirados por el cariño que toda obra montañesa nos inspira, aunque esta sea insignificante, y hablamos de la nuestra, nos permitimos recomendarla a su benévola atención, para obtener el cambio de su prestigiosa Revista con la nuestra que, por hoy, no puede amparar más valía, ni otros méritos, que los de una noble intención.

Gracias mil por sus favores y un cariñosísimo saludo que por todos los montañeses que se congregan en esta Sociedad, envía a Ud.,

El Presidente,

Eduardo Sánchez.

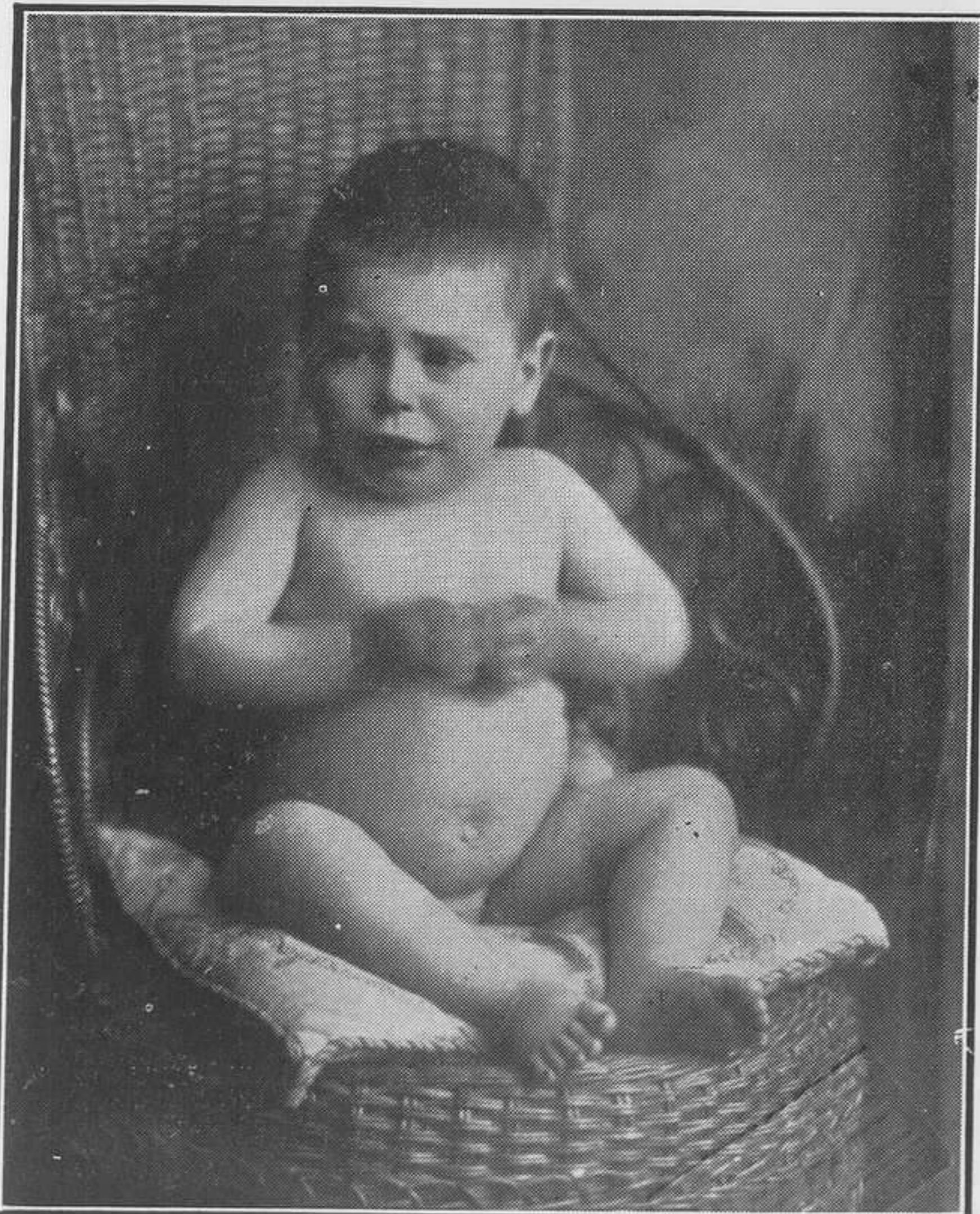
Conocíamos la sociedad "El Arte" y no nos eran indiferentes los trabajos, no por modestos menos valiosos y enaltecedores para la cultura de la Montaña en general, y en particular para la de Los Corrales, pueblo progresista y simpático.

El boletín de la citada institución que se publica bajo el mismo título de ésta, es una revista amena y prestigiosa, cuyas páginas avaloran muy notables escritores montañeses y con la que dejamos establecido el canje.

Agradecemos el cariñoso saludo que en nombre de la sociedad "El Arte" envía a nuestro director su ilustrado y estimado presidente, y al corresponder a él con todo nuestro afecto como montañeses saludamos también a "El Arte" y a todos los que se congregan alrededor de la bandera de cultura y patriotismo que ha levantado y tanto sabe honrar.



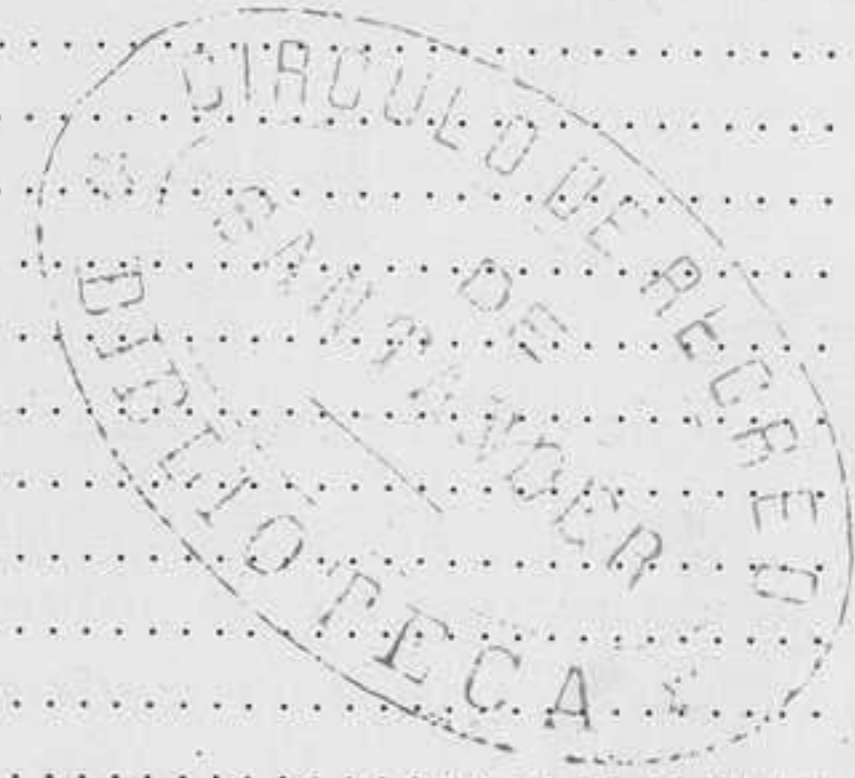
Bernardino Rey Pastras, nació normal, mamó cuatro meses. Destete brusco por enfermedad de la madre. Lactancia doméstica artificial, pésima. Ingres a los 15 meses con el peso de un niño de 3 y medio meses (5450 gs.) Primer retrato.



Bernardino Rey Pastras, a los 10 meses de estancia en la “Gota de Leche,” pesando 10,000 gs.

Suma anterior.....\$ 3,677.43

Antonio Liaño	4.00
Nicolás Piélago Pereda	3.00
Justo Diez	3.00
Juan Gallo Palacios	3.00
Cipriano Fausto	2.00
Manuel Trápaga	2.00
Francisco García de los Ríos	2.00
Luis Fernández Barros	2.00
Aurelio Pérez	2.00
Lucio Arenal	2.00
Santiago Ruiz	2.00
Diego Abascal	2.00
Martín González	2.00
Emilio Alzaga	2.00
Francisco Gutiérrez	2.00
Eduardo Bustamante	2.00
Bienvenido Fernández	2.00
Santiago Bengochea	2.00
Julián Lastra	2.00
José Cagigas Haya	2.00
Eduardo Arronte	2.00
Constantino García	2.00
Vicente García	2.00
Alcibiades Escudero	2.00
Serafín del Río	2.00
Casildo Aguirre	1.00
Luis Zugadi	1.00
Angel Gutiérrez	1.00
Aurelio Herrero	1.00
Ramiro Conde	1.00
Adolfo Palacios	1.00
Cándido Villegas	1.00
Manuel Uribarry	1.00
José Caballero	1.00
Isidoro Alcalde	1.00
Roque Escudero	1.00
Ramón Mancebo	1.00
Eloy Escandón	1.00
Manuel Fernández	1.00
José Díaz	1.00
Ignacio Arce	1.00
Camporredondo Hnos.	1.00
Manuel Fernández	1.00
Miguel Angel Porres	1.00
Gonzalo Estrada	1.00
Manuel Campo	1.00
Cayetano Barquín	1.00
Francisco Allende	1.00
César Güemes	1.00
Lorenzo Mazo Mora	1.00
Juan Carrasco	1.00
Telesforo Bustillo	1.00
Francisco Inchauspi	1.00



Suma\$ 3,760.43

C. ALONSO Y MAZA, *Tesorero.*

NOTA.—Se reciben donativos para la humanitaria institución “GOTA DE LECHE,” en casa del señor Tesorero, Amargura, 44, (farmacia,) Habana.

VIDA MONTAÑESA

LO SENTIMOS.—Con pena nos enteramos que se halla enfermo de algún cuidado en Cárdenas don Fernando Obregón, hijo amantísimo de nuestro buen amigo y conterráneo don Patricio Obregón Arenal, acreditado almacenista importador de víveres de aquella ciudad.

Treinta días lleva ya enfermo don Fernando Obregón, atacado de tifus, y la ciencia médica hace poderosos esfuerzos por su mejoría.

Con toda nuestra alma rogamos a Dios porque así suceda, para que vuelva la tranquilidad al ánimo del señor Obregón y cese su natural angustia ante la gravedad de su amado hijo.

NUESTRO SALUDO.—Se lo enviamos muy afectuoso al señor Pedro Cano, comerciante de Santiago de Cuba en el jiro de muebles, que ha llegado a esta ciudad a hacer compras para su bien reputado establecimiento.

El señor Cano, montañés entusiasta, es muy querido de la colonia montañesa de la capital de Oriente y de la Habana, habiendo tenido un verdadero placer en estrechar su mano.

D. JOSE BENGOCHEA FERNANDEZ.—En el vapor “Buenos Aires” regresó del Astillero, después de seis años de ausencia de esta ciudad, el conocido industrial y estimado amigo nuestro don José Bengochea Fernández.

La vuelta del señor Bengochea Fernández ha producido grata impresión entre sus numerosas amistades de la Habana, pues nuestro conterráneo disfruta aquí de grandes y merecidas simpatías.

Sea bienvenido el señor Bengochea Fernández, a quien saludamos afectuosamente.

Un buque montañés

El 25 del actual llegó al puerto de la Habana el vapor de la matrícula de Santander *Angel B. Pérez*, con carga.

Hemos tenido el gusto de saludar a su capitán el señor Arturo Menéndez, montañés de pura cepa y hombre culto y caballeroso, y sobre todo entusiasta por todo lo que sea de la tierra.

El viaje del buque montañés ha sido feliz y la carga dejará

buen rendimiento a su propietario, el opulento naviero don Angel B. Pérez.

El *Angel B. Pérez* salió el jueves para Nueva Orleans a cargar algodón, desde donde se dirigirá a Valencia y después a Santander.

Deseamos un viaje felicísimo a la gallarda nave montañesa y reiteramos nuestro afectuoso saludo a su distinguido capitán don Arturo Menéndez.

Brillante iniciativa

CON motivo de la Ley sobre accidentes del trabajo, se han constituido en esta ciudad algunas Compañías aseguradoras, siendo la última la que presidida por nuestro distinguido amigo y conterráneo el opulento comerciante don Ignacio Nazábal comenzará en breve a funcionar. Esta Compañía formada por elementos muy prestigiosos del comercio habanero, entre los que figuran nuestros buenos amigos y comprovincianos los señores Alfredo Incera y Anacleto Ruiz, está llamada a obtener un gran éxito por la solvencia moral y material de sus componentes, y porque ofrecerá a los que en ella se inscriban más ventajas que ninguna de las que ya existen.

El Comercio y el *Diario de la Marina* han celebrado calurosamente la brillante iniciativa del señor Nazábal, y es nuestro deber como conterráneos suyos consignarlo en LA MONTAÑA, por lo mucho que nos enorgullece que haya hombres de nuestra tierra que merezcan tan justamente como el señor Nazábal en esta ocasión los elogios de los periódicos cubanos.

La nueva Compañía que no se ha fundado con la idea de que sus miembros obtengan lucro alguno—que no cabe esto en hombres como el señor Nazábal—ha sido favorablemente acogida, porque todos han comprendido desde que leyeron la reseña de la sesión en que el señor Nazábal expuso su idea, que se trata de una Compañía modelo que tenderá exclusivamente al bien de sus aseguradores amparándoles con toda

eficacia. De aquí que, sin estar ya constituida—cosa que sucederá dentro de pocos días pues está estudiando la escritura de formación el ilustre abogado don Lorenzo Beci—haya recibido numerosas adhesiones y felicitaciones el señor Nazábal, lo que es promesa evidentísima del éxito de aquélla.

He aquí el párrafo final del artículo que *El Comercio* dedicó al asunto:

“Como representantes en la prensa periódica de la industria y el comercio, de los que tantas pruebas de simpatía y cariño hemos recibido siempre, excitamos el celo de esos elementos, (se refiere a la Lonja, a la Asociación de Importadores de Víveres y a los detallistas) tan identificados con nosotros, para que se acojan a los beneficios que les otorgará la Compañía pronta a surgir merced a la felicísima idea del señor Nazábal que ha sabido demostrar una vez más su previsión en pro de los elementos comerciales, en los que de tanta estimación y respeto goza por su seriedad, su honradez y su cultura.”

Como conterráneos nos satisface en extremo que el proyecto de nuestro respetable amigo el señor Nazábal, haya merecido felicitaciones tan calurosas de la prensa periódica, a la que no puede ser indiferente el funcionamiento de una Compañía como la que pronto quedará constituida en esta ciudad.

D. DOMINGO DE LAS CUEVAS

HACE unos días leí "Antaño". Y aún viven en mi memoria con caracteres indelebles, los ingeniosos bosquejos, los típicos personajes tan castizamente descritos y pintados por su célebre autor, don Domingo de las Cuevas.

Inesperadamente vino a mis manos un tomo de la segunda edición, publicada en el 1904, a las continuas instancias de entusiastas admiradores y amigos.

Su primo, el inmortal novelista montañés, don J. M. Pereda, pone un vivo aliciente más en la obra con el magnífico prólogo, escrito allá en su vida literaria.

Era el estilo de su prosa vigorosa y fácil, claro y conciso,

que joya tan hermosa sea tan poco conocida, culpa quizá de ejemplares que se extraviaron, o de su mismo autor que no la divulgó, tal vez por que no era su afán el lucro, sino recoger datos y trozos de vida para formar un libro "familiar" de relatos, efemérides y recuerdos.

Prescindo el describir su vida, que hartó la conoceis todos por lo popular y comunicativa que siempre fué, y que tan galanamente os la pinta Pereda en el famoso prólogo. Tan solo os diré que uno de los proyeyctos finales de don Domingo, tal vez el más acariciado de sus deseos, quiso Dios que quedase incumplido. Hablando hace poco con un sobrino suyo,

me contaba éste la idea de su tío de publicar otro nuevo libro, de costumbres de la villa, más amplio y adecuado, escrito en castellano antiguo, para lo cual se iba a servir de los giros y voces del lenguaje del "Quijote". Por desgracia no llegó a ver la luz su magnífico proyecto; al año siguiente falleció el distinguido montañés sin ver realizado su ideal postero.

La villa sintió profundamente su muerte, porque don Domingo, ilustre descendiente de las linajudas familias de Sánchez de Porrúa y Pérez de la Riva, se había "identificado" con el pueblo, encariñándose con sus "tipos", los que él tan bien imitaba, y con cuyos remedos... que adquirieron gran

fama local—divirtió a la rancia aristocracia comillana, a la cual estaba ligado por todas las razones de su parentesco. Tanto es así, que el excelentísimo señor marqués de Comillas le dedicó en nuestro cementerio un artístico mausoleo, y en labrada lápida marmórea, el siguiente epitafio:

"Don Domingo de las Cuevas y Sánchez de Porrúa, varón ilustre en las Letras y espejo de caballeros por las claras virtudes que ejercitó en su cristiana vida.

Nació el 21 de abril de 1830 en la villa de Comillas, y en ella entregó su alma al señor, con muerte muy ejemplar el 28 de agosto de 1907".

Por celebrarse este año el noveno aniversario de su muerte quiero yo dedicar al preclaro comillano estas breves y sencillas líneas como ferviente tributo de admiración, ya que mi corto ingenio, hartó deficiente para estas materias no supo darle el verdadero realce que se merecía en brillantes y fogosas páginas.

ANTONIO SOLIS.

Comillas, Noviembre de 1916.



AMIEVAS.—Grupo en la Romería de Cotillo.

(Fot. remitida para LA MONTAÑA por nuestro paisano D. Joaquín Aja).

con sencillez puesta al alcance de todos, empleando ese "decir" netamente comillano, ameno y castizo. El personaje cómico "Jusepe", de "El santuco de la mies", está pintado—como ya dice Pereda—por su lado típico y con un vigor de colorido y de dibujo que pasma. E igualmente sus creaciones todas; los tipos tomados del natural, lugares por nosotros—comillanos—vividos, y fantásticas leyendas de larga trascendencia quedarán inmortales a la posteridad.

Lástima grande fué, que no hubiera sido antes atacado de la enfermedad del "plumeo" para haber podido saborear con verdadera fruición otras obras suyas, desde luego, impregnadas de la singular gracia con que él aromaba a "sus tipos", dando al escrito ese matiz original y pintoresco que tanto le semejaba al estilo del insigne novelista montañés, verdaderamente jocundo y festivo en ocasiones.

Conservamos sus paisanos "Antaño" igual que una reliquia como preciada herencia de nuestros antepasados, y aunque por desgracia apenas se ha leído por lo poco que se divulgó, los contados ejemplares que existen, juntamente con el libro "Letras de Molde" y "Comillas, apuntes para su historia", verídicos datos de heroismos y bravas abnegaciones comillanas, guárdanse con entusiasmo "arqueológico" bajo el viejo polvo de las hidalgas bibliotecas de la villa. Porque están representadas en la obra, el alma comillana, su vida, arraigadas costumbres, tradiciones y leyendas. De sentir es

SI en aquellos encinares toledanos que recorriamos cuatro o cinco semanas atrás seducía el contraste entre la heroica severidad del bosque y mademoiselle Sonia de Clemeric, la archicivilizada parisiense que ha retratado el maestro Anglada, dóblase el interés cuando pensamos que la frágil figulina visitó unas cavernas prehistóricas, las famosas de Altamira.

En unas pocas horas desanduvo el mundo para nosotros hacia los veinticinco mil años. Nada más fácil que realizar este diabólico milagro. Las célebres cuevas tienen portero oficial, y por de pronto no hay sino buscarle en la tabernilla de Santillana del Mar. Se trata de un viejucu chispon que parece tallado en cerezo, todavía saltarín, y a quien presta no poco decoro la circunstancia de poseer un aparato de acetileno. En marcha. No valen "autos" ni caballerías. Mademoiselle Sonia ha de resignarse a caminar sobre sus altos tacones, y con su sombrilla y el involuntario cimbreo con que conserva el equilibrio recuerda el número del alambre en los circos. Son fragantes las hierbas y devuelven con su aroma el goce de ser holladas por los caprichosos chapines. Ascendemos durante media hora, una hora quizá. De cuando en cuando, en una fontana, al llegar a uno de esos "morios" que hay en los abandonados praducos, descansamos, y es grato contemplar el anfiteatro de montañas, y allá, abajo muy en lo hondo, el pueblo, con sus techumbres bermejas, como las ascuas de un rescoldo. Las carretas de heno se arrastran por los caminos de las laderas, y en el aire azul revollean las mariposas.

—¿Falta mucho?

—Es en aquellos arbolillos...

La primera desilusión de mademoiselle Sonia de Clemeric. Ni águilas ni pajarracos agoreros en las alturas, ni una entrada enorme con su arquitectura de un gótico atormentado y maldito que hubiesen compuesto naturalmente las rocas. El señor Alcalde de Santillana dispuso que se plantasen en el cerro unas cuantas acacias, que van para acacias de bola y de estación. Un labrador ha sembrado de estiércol el sendero que conduce al misterio, pero que antes atraviesa un campuco. Y esto es todo... Gracias que al avanzar mademoiselle Sonia ha roto con su naricilla un irisado hilo de araña que unía dos árboles tenuemente, como nosotros nos sentimos ligados a los abuelos que poblaron estas cavernas. Mademoiselle Sonia ríe de la aventura y afirma haber sentido en su corazón la vengadora punzada, el cosquilleo embrujador de las patas del arácnido desposeído de su escala ideal.

Mademoiselle Sonia es amiga de Su Alteza el príncipe Alberto de Mónaco, el cual no en balde se dedica a los estudios oceanográficos, pues de ahí ha salido su conocimiento de las sirenas. El príncipe editó un libro sobre las cavernas de Altamira, y ha dedicado un ejemplar a Mademoiselle Sonia, la sirena desterrada de las grutas marinas. Antes de ahora, mademoiselle Sonia contempló los grafitos venerables ocultos en estos cerros, hojeando, distraída, las amplias páginas de papel cuché y con grabados en bicolor. Quedaba en el margen la huella aromática e invisible de los dedos de la distancia, lectora, huella decorativa como los bisontes pintarrajeados en la caliza eterna de Altamira.

El libraco según sabéis habla del abate Grioux y de M. de Calhaillac, los concienzudos exploradores del abismo de arqueología. Pero nuestro espolique, que presencié, o poco menos, el hallazgo del tesoro insospechado, en 1887, con su verbo ardiente y picaresco nos relata cómo el descubrimiento se debe a un cazador furtivo, que vió desaparecer entre unas zarzas el cepo y la presa, y detrás el lebrél. Siguiendo la pista se halló de pronto en una cueva fría y negra, con el suelo resbaladizo y en que goteaba el agua de las estalactitas... Así encontraron siempre unos pastores la imagen de la Virgen en la montañuela, donde luego se construyen ermitas de ro-

mería... Por regalo del cielo hubimos los españoles esta revelación de las entrañas de la Patria...Y no podría faltar que el casual descubridor, el legítimo celtíbero, se dedicase en aquel momento feliz a burlar el Código.

Defiende la entrada una orinienta reja, orlada de helechos y culantrillos. Adivino en las pupilas de mademoiselle Sonia la interrogación acerca de la antigüedad del hierro aquel, ya dispuesto el espíritu femenino a maravillarse sin ponderación ni medio, según suele. ¡Oh, detalle prosáico! Estamos sudando. Sería temerario penetrar en las tinieblas que nos esperan, verdaderas cámaras frigoríficas. Experto, y sudado ya un millón de veces, el espolique archivó en la boca de las cavernas unos huesos prehistóricos, diríanse trozos de madera podrida, y unas hachas de piedra, y así entretenemos el reposo necesario. Laméntase mademoiselle Sonia de no haber traído su "renard", con que se abrigaría como los hombres legendarios, que se embozaban con las pieles de las fieras.

Adelantamos por el vestíbulo, temiendo y deseando el hallazgo terrorífico, la aventura. ¿No habrá buscado refugio en la cueva, la noche anterior, una alimaña? Bajo nuestras pisadas sólo las guijas resbalan, con el quejido de milenarios durmientes a quienes se despierta. Hace frío, mucho frío. Ya llegamos a la cámara de las pinturas. Debemos andar encorvados para no tropezar en la techumbre. El acetileno lanza su lividez en la negrura absoluta, donde resuena el agua goteante de siglos y siglos. A lo mejor, para no caer, apoyamos la mano en la pared, y nos sorprende y repugna la sensación de palpar un reptil. La pobrecita mademoiselle Sonia destaca como un espectro en la penumbra; se lleva a los labios—pintados de rojo como la caverna—su fino pañolito y tose con la tos de la dama de las Camelias, uno de los sonidos que ha inventado la humanidad mucho después que desaparecieran de la tierra los heroicos habitantes de Altamira...

Por mandato del "cicerone" hay que tumbarse en el suelo. Forma el techo un natural artesonado de panzas casi de timbal. Idearon los decoradores de hace veinticinco mil años unir la escultura a la pintura para un mayor efecto y así cada ampolla caliza sirve de cuerpo a un bisonte rojo, que contemplamos, con amenaza de torticolí, desde la tierra. El espolique delinea con una varica y ayudándose con su lámpara.

Poco a poco, mademoiselle Sonia ha ido familiarizándose con la prehistoria, en realidad un tanto atrasada en "comfort", y resucita en su alma la parisiense habitual al "vernissage" del "salón". Mademoiselle Sonia se admira de la valiente simplicidad de los dibujos, y un instante recuerda las estampas japonesas. Curioso. Sí, se conserva admirablemente todo aquello, ni más ni menos que algunas amigas de mademoiselle Sonia. ¿La emoción...? ¡Si apareciese con su hacha y su piel de ciervo un gorilesco hombre que comenzara a aullar desde el fondo de la cueva!... Aparte de que el acetileno es incompatible con una estética emoción...

Salimos, y nos deslumbra amablemente la armonía verde, azul y dorada que la puerta pone al fondo de la cueva. Una mariposa entró, acaso la primera a que han sugestionado las sombras. Como a mademoiselle Sonia de Clemeric. Tornamos al aire libre, y sorprende su tibieza, su calurosidad. El prado nos acoge con la benevolencia de los abuelos, que perdonan toda travesura. Réimos y hablamos a gritos. ¿Por qué, de repente, mademoiselle Sonia ha comenzado a llorar a lágrima viva, como los chicos asustados? "Son los nervios", responde a mi inquietud. Mientras contemplo llanto, que irisa el sol, veo insinuarse en el aire, y a mí mismo logró amedrentarme, el horrible bisonte barbado y con los ojos oblicuos, que nos mira con excesiva solemnidad y como si nos embrujase a causa de nuestra profanación.

FEDERICO GARCIA SANCHÍZ.

Cuevas de Altamira.

MONTAÑA ADELANTE

La entrada en la Montaña es una de las más hermosas sensaciones que pueden experimentarse. Y no, aunque muy bello sea él, por la impresión del exuberante paisaje: por el contraste brusco, imprevisto, más que por ninguna otra cosa. Aquel corte rápido, entre la aridez amarillenta del castellano páramo y el verdor fresco, magnífico, del campurriano valle, hace el efecto de un cuadro a medio pintar. De un lado, el ocre del lienzo en que el pincel aún no ha extendido el color ni contorneado las figuras. Del otro, la mitad terminada del cuadro, con todos los portentos de inspiración de ese artista inmenso que se llama Naturaleza...

Y esta es, igualmente, otra de las sensaciones. Pero que ya no entra por los ojos materiales, sino que es al alma a lo que halaga: se siente a la Naturaleza como una madre. Hasta el momento en que la grande y ceñuda Castilla interior ha estado a la vista, ella, la madre común parecía ausente. Al entrar en la Montaña, reaparece augusta y triunfadora. Sonríe y besa. Es la matrona de lozanía espléndida y de senos ubérrimos y de ojos en que hay ternuras inefables y de labios prestos al ósculo maternal. El cielo, encapotado en brumas y tocado de nieblas, es como las ondas venerables de un cabello gris. Como pródigos pechos las crestas altivas de las abruptas tierras son. Como brazos que se extienden en anhelos de caricias al pequeñuelo que regresa—que todos, altos y bajos, pequeñuelos somos ante la presencia de la Augusta—sus árboles frondosos se elevan. Y las cañadas umbrías, con su oscuro encanto de misterio, a modo de senos amantes en que posan breñas febriles, se ofrecen generosas. Todo besa y sonríe y parece que canta una triunfal bienvenida. Todo el cielo, y el prado, y el bosque, y el monte, y el arroyo, y el caserío, y el follaje, todo lo que los ojos ven y oyen los oídos y el espíritu siente... todo es la Madre, la Madre Majestuosa del Encendido Amor y la Belleza Eterna...

He aquí explicada la nostalgia de los norteños por su *tierruca*. Es que es el hogar, porque creo, de toda firmeza, que esta *intensidad de expresión* del paisaje, es lo que da más directamente conciencia del hogar. ¿Pueden ser eso, el hogar—palabra santa—aquellas casas terrosas que vimos, durante el viaje, desperdigadas por las estepas áridas y secas de las provincias del interior?... No. Aquellas tétricas mansiones parece que son los brazos que arrojan, no los brazos que reciben.

Y en la Montaña, rodeadas de verdura, rientes, blancas, húmedas como con pátina de puro regocijo, que no con lágrimas de acérvos dolores, las casucas que aquí y allá, en un altozano, en una cuenca, en un vergel, en una sierra, en cada accidente del terreno, se levantan como manos blancas que bendicen, son el santo hogar de paz y reposo y de puros afectos.

Un hogar feliz, de hombres honrados y sanos y bondadosos. No se concibe que un día estos amenos campos montañeses, hayan podido ser manchados con sangre. Porque si en la familia conterránea hay disensiones y *miseriucas* tal que otra vez, no son nunca el encono feroz de Abel y Cain.

Mas bien, el regaño pasajero de quienes no ponen el odio en sus altercados. ¡El odio! Exótica planta es el odio, que no prende entre la lozanía de nuestros campos. Si alguna vez su negra raigambre horada esta tierra fecunda, entonces es cuando la Madre llora desde los cielos las lluvias invernales y plañe adolorida con la voz triste del ábrego!...

Recuerdo cuándo sentí estas inolvidables sensaciones; cuándo se posó en mi frente el beso de la Madre; cuándo la reconocí como si siempre no lo hubiera sido, como si entonces naciera de su pródigo vientre.... Fué al regresar a Santander tras una ausencia larga de la patria querida.

Venían en el mismo coche seis abatidos labriegos castellanos. Entraron en Medina. Abandonaron sin pena, sus pueblos, sus casas. Venían a Santander a dar nuevo vigor



SOBA, (VEGUILLA).—Romeros con el famoso tamboril de Agüera.

(Fot. enviada para LA MONTAÑA por los Sres. C. Fausto y M. Trápaga)

a sus cuerpos, zambulléndolos todos en las olas espumosas del Cantábrico.

Vimos el mar, que parece una continuación del valle de hierbas ondulantes al impulso de la brisa sedeña. Y mis ojos se llenaron de lágrimas, y tanto mi alegría expandió, que ellos, sintiendo que les alcanzaba, que inundaba también sus espíritus, sonrieron entre regocijados y confusos.

Alguno de aquellos castellanos de tierra adentro, me preguntó algo, entonces, que me obligó a preguntarles, a mi vez, como única respuesta:

—¿Pero es que ustedes no sentirán esta misma impresión inefable, de vuelta al regazo materno, cuando regresen a su pueblo?

Me miraron, y uno de ellos contestó, lacónicamente, traduciendo el pensamiento de los demás.

—No...

Sentí orgullo y compasión a un tiempo mismo. Recordé aquellas casas ocre, de una desgarradora tristeza; aquellas monótonas llanuras; aquel cielo igual, aquel paisaje cruel.. Y solo acerté a decirles:

Es verdad... ¡olvidaba que ustedes son huérfanos!

NEVERMORE.

ECOS DE CANTABRIA

(DE NUESTRO CORRESPONSAL ESPECIAL EN SANTANDER)

DE CAMPO.—Haciendo honor a la galante invitación del bondadoso y distinguido caballero montañés don Manuel Quijano, el domingo en unión de algunos buenos compañeros y amigos, hemos realizado una excursión en automóvil al pintoresco pueblo de Los Corrales. Celebrábase la segunda feria de ganado vacuno que con extraordinaria concurrencia de ganaderos de Anievas, Corvera, Cieza, San Felices y algunos otros Ayuntamientos de aquellos contornos, inauguróse el segundo domingo del mes de Octubre.

El aspecto del espacioso campo conocido por La Horcada, lindante con la carretera general y muy próximo a la estación del ferrocarril del Norte, con su magnífica arboleda y el río de abundante cauce es delicioso. Indudablemente ha sido un gran cierto el de los organizadores de éste nuevo y ya importante mercado de ganado, destinar aquél pintoresco lugar para la feria.

Nos informaron del gran número de ganaderos que llevan allí sus reses; de los precios que éstas alcanzan, de día en día más altos, de los muchos compradores que concurren a la feria; compradores catalanes, vascos, madrileños, los que acaparan toda lo que se presenta a la venta, exportando mucho de ello a Francia, y que ha sido causa, más que suficiente, para aumentar los precios de las reses, que nuestros aldeanos procuran aprovechar en su beneficio.

Desde el ferial, del que sacamos muy favorable impresión que el tiempo se encargará de confirmar, los excursionistas, acompañados del señor Quijano, propietario de la importante industria de forjas allí establecida, en la que tienen ocupación diaria más de ochocientos obreros; del alcalde don Eugenio Varela, del joven secretario de aquel Ayuntamiento don Alfredo García Cos, del señor Pedrero, hermano del conocido dibujante, y de algunos otros señores, recorrimos los alrededores del pueblo, admirando las nuevas barriadas para obreros, que se construyen por los dueños de las forjas.

Después de la comida, en la que fuimos objeto de agasajos y atenciones, y en la que se habló de montañesismo, fuimos invitados a una fiesta literaria musical organizada por la culta sociedad Arte. Tuvo lugar la simpática fiesta en los espaciosos salones de las Escuelas Cristianas, y en ella hicieron música los distinguidos jóvenes señorita Luz Quijano y don Estanislao de Abarca, cantó después el orfeón de Los Corrales, y puso un broche de oro al acto el exquisito poeta y bondadoso amigo don Ramón de Solano, quien dió una brillante conferencia sobre los cantos populares.

Las horas transcurrieron agradables en tan amable compañía, y ello nos obliga a aprovechar estas breves notas para dar públicas gracias por sus exquisitas atenciones, en primer lugar, al señor Quijano, don Manuel, y a las autoridades de aquél pueblo, así como a los señores que componen la sociedad Arte.

EN PRO DE LA PROVINCIA.—Una comisión de Aguayo compuesta de los vecinos don Eloy Gutiérrez, don Pedro González y don Severo Belmonte, que se encuentran en la Corte, se han entrevistado con los senadores por la provincia señores Zorrilla y Pico, el diputado a Cortes señor García Lomas, y el Duque de Santo Mauro, recabando su apoyo para que en el proyecto de carreteras que se construirán por cuenta del Estado, sea incluido una que enlace los pueblos campurrianos San Miguel, Santa María, Santa Olla de Aguayo, y otros, con la estación de Pesquera.

Fundamentan su petición con mucha razón por cierto, en la falta de vías que permitan y faciliten la explotación de las magníficas minas de carbón y hierro que existen en aquella zona de la provincia.

Los comisionados han escrito muy complacidos del avance de sus trabajos, y con la esperanza de que conseguirán ver satisfechas las aspiraciones de los pueblos interesados en la construcción de esa carretera.

Esa, al menos, ha sido la promesa de las personalidades visitadas por los entusiastas vecinos de Aguayo.

UNA MISION FRANCESA.—Una numerosa misión de ingenieros y hombres de ciencia franceses, ha venido a Santander con objeto de estudiar los medios adecuados para estrechar las relaciones comerciales que unen a ambos países.

En la estación fueron recibidos los viajeros, por el alcalde accidental don Rafael Botín, el presidente de la Alianza Francesa, y culto montañésista don Julián Fresnedo de la Calzada, el director de la fábrica de Solvay (Barreda) señor Alban y otras muchas personalidades.

En las cortas horas que los comisionados franceses permanecieron en la ciudad fueron obsequiados con un champang de honor en el Palacio municipal y un te en los salones del Ateneo Montañés, pronunciándose en ambos actos patrióticos discursos en pro de una unión estrecha entre productores franceses y españoles.

También visitó la misión algunos establecimientos industriales y los alrededores de la capital, llevándose una impresión satisfactoria de la importancia y desarrollo de la industria montañesa.

UNA CONFERENCIA.—Con una muy interesante conferencia, el culto discípulo del llorado don Augusto Linares, don José Rioja, ha inaugurado la serie de las que se celebrarán en el Ateneo de Santander.

El señor Rioja, que es uno de los biólogos más notables de España, disertó sobre el interesante tema "Las esponjas," siendo felicitado al final del acto por los concurrentes.

CAPITULO DE ENLACES.—En Reinosa unieron sus destinos la bella señorita Consuelo G. Blanco, y el amable joven don Tomás Cuadrillero.

Apadrinaron a los contrayentes el hermano y la madre de la novia, repectivamente, don Canuto G. Blanco y doña Guillerma.

Desde la iglesia se trasladaron los invitados al "Universal", donde les fué servido un almuerzo, y a continuación se organizó un animado baile por la gente joven.

Los novios marcharon a Madrid.

—En la iglesia parroquial de San Vicente del Monte, contrajeron matrimonio, la encantadora señorita de Comillas, Emilia Benito, con el joven don Victoriano Herrero.

Los señores don José Benito y doña Rafaela Callejo, que apadrinaron el matrimonio obsequiaron a los invitados en su residencia.

El nuevo matrimonio fijará su residencia en Francia.

—Otro matrimonio se ha celebrado en la simpática villa de Reinosa; el de la bella señorita María Erraztí, con el distinguido joven reinosano y conocido industrial establecido en América, don José Sánchez Rodríguez.

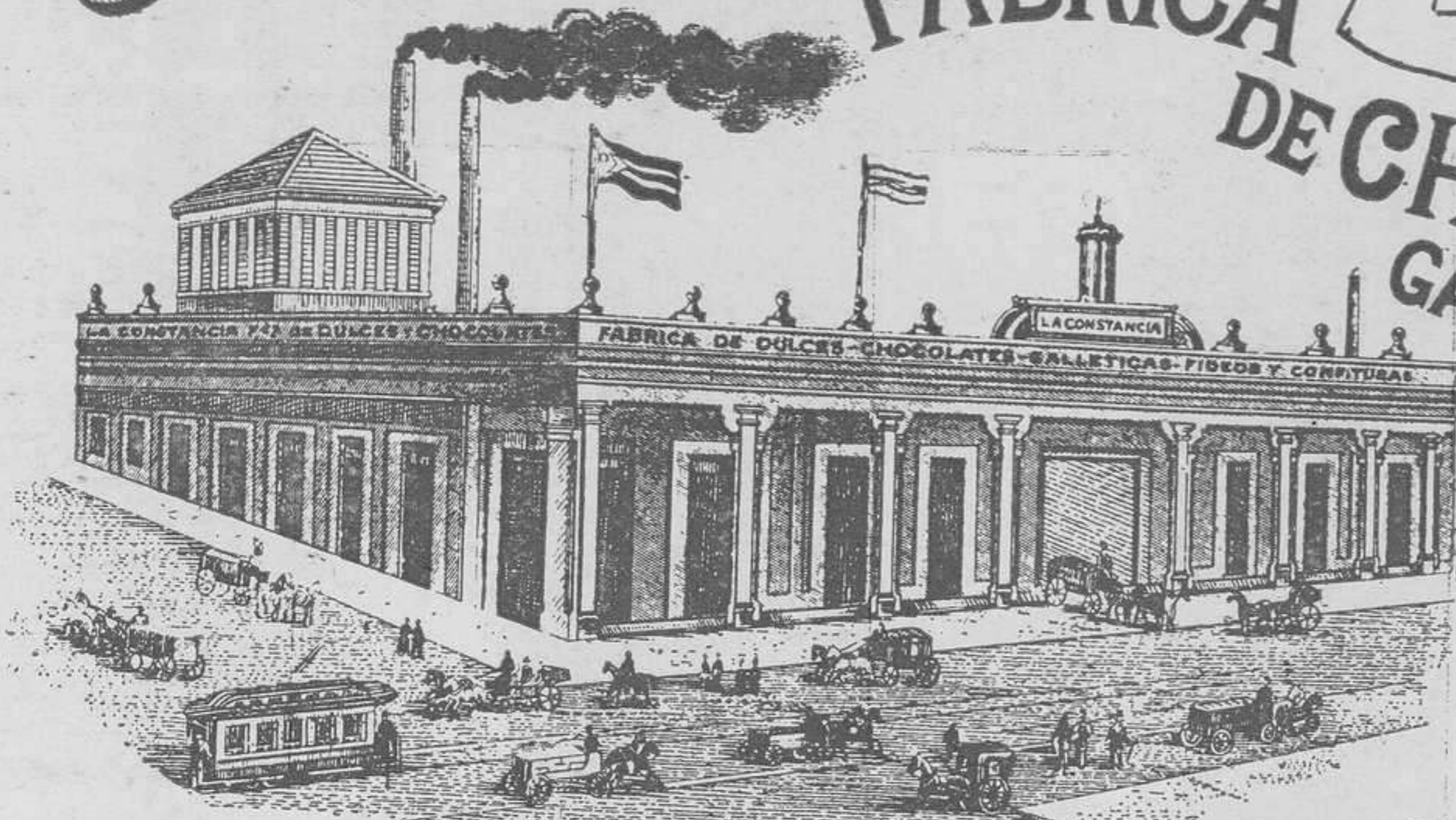
Al acto asistieron gran número de amigos de las familias de los desposados.

—En Torrelavega celebraron su enlace la señorita Elisa Cayón, y el conocido joven de Cabezón de la Sal, don Generoso Gutiérrez.

—Para fecha muy próxima se anuncia el enlace de la señorita santanderina Rita García Gutiérrez, con el prestigioso comerciante bonaerense don Eduardo Fernández Miguel.

La Constanza

FABRICA
DE CHOCOLATES
GALLETICAS
FINAS



DULCES
Y FIDEOS

CRISTINA 19
HABANA

Viadero y Delasco.

Teléfono A-3655

Apartado 854

AGAPITO CAGIGA Y HERMANOS

ALMACEN DE MADERAS Y BARROS



Inmenso surtido en vi-
gas de hierro de todos
tamaños. Fabricantes
de las losas hidráulicas
::: "LA CUBANA" :::

MONTE 363

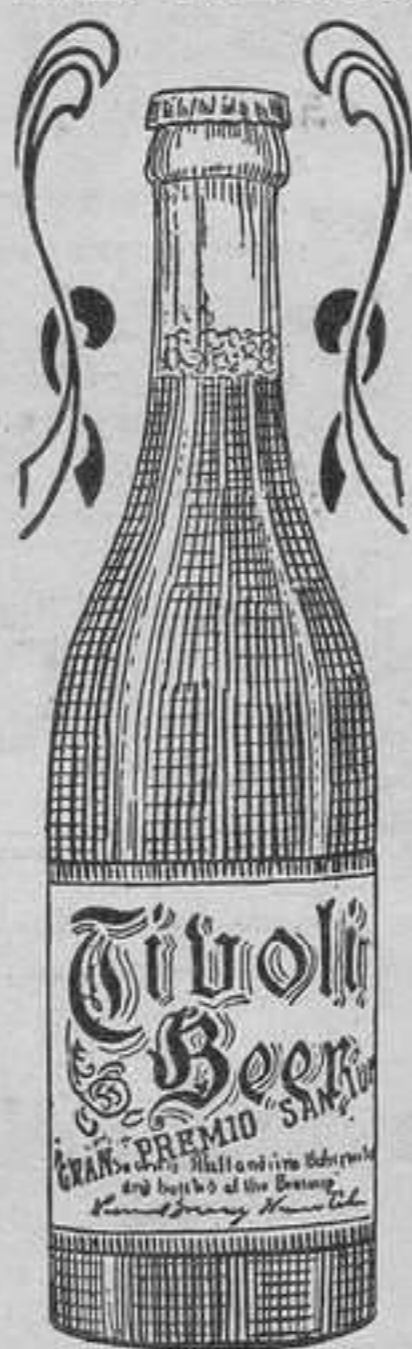
:-:-:

HABANA

CERVECERIAS

"LA TROPICAL Y TIVOLI"

CERVEZA
CLARA
Tivoli
EL MEJOR
REFRESCO



DEME
MEDIA
TIVOLI

DE VENTA
EN TODAS
PARTES

Gutiérrez

Cerveza
CLARA

TROPICAL
REINA
DE LAS
CERVEZAS



Deme
media
TROPICAL

De Venta
en todas
partes

Gutiérrez

Maltina

TIVOLI

EL MEJOR
TONICO



RECONSTITUYENTE
INMEJORABLE
PARA
CRIANDERAS
Y
NIÑOS


PEDIDOS

TEL. { I1038
I1041

Gutiérrez

OFICINA Y ADMINISTRACION
CALZADA DE PALATINO